

Universidad de Pamplona
Facultad de Artes y Humanidades
Departamento de Filosofía



DEL RESENTIMIENTO CRISTIANO-MORAL SEGÚN NIETZSCHE COMO BASE
MORAL EN LA IDEOLOGÍA DEL COMUNISMO

Autor

Eduardo José Mónoga Mendoza

Trabajo de grado para optar el título de filósofo

Director

Phd. Carlos Arturo Plazas Lara

Pamplona, Colombia

2020

Agradecimientos

Al cuerpo docente del programa de filosofía de quienes, por medio de sus clases, recibí el contenido preciso que ayudó en mi proceso de formación académica y profesional, en especial, al profesor Carlos Arturo Plazas por su dedicación y profesionalismo no solo en el salón de clase sino también en su acompañamiento y sabia asesoría para la realización de este trabajo monográfico, producto de la dedicación académica.

A mis padres y hermanos por su ayuda y consejos pertinentes, por creer en mi esfuerzo a pesar del tiempo y las circunstancias adversas.

A mi compañera sentimental, tanto por su paciencia e incondicionalidad en todo contexto, como por su apoyo y colaboración para que las ideas en esta investigación siguieran el rumbo propuesto.

A mis hermanos no de sangre sino por elección: mis compañeros de promoción. Jamás aprendí tanto de conversaciones y encuentros de lectura acompañadas de música y café.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	7
1. Aspectos Generales	11
1.1. Planteamiento del Problema.....	11
1.2. Objetivos	12
1.2.1. Objetivo General	12
1.2.2. Objetivos Específicos.....	12
1.3. Justificación.....	13
1.4. Antecedentes	14
2. Capítulo I: La Doctrina Comunista.....	16
2.1. Sobre el Comunismo.....	16
2.2. El Manifiesto Comunista.....	21
2.3. Principios y Características de la Ideología Comunista.....	26
2.4. La Moral del Comunismo	34
3. Capítulo II: Nietzsche “El Primer Inmoralista”	40
3.1. Transvaloración de los Valores.....	40
3.2. Moral del Resentimiento Judeo-Cristiana (<i>Nihilismo Pasivo</i>).....	44
3.3. La Moral y su Destrucción (<i>Nihilismo Activo</i>).....	52
4. Capítulo III. Moral del Resentimiento y Moral Comunista.....	56
4.1. Semejanzas entre la Práctica Moral del Resentimiento Judeo-Cristiana y los Valores de la Doctrina Comunista	56
4.2. El Resentimiento Como Base Moral de la Doctrina Comunista.....	66
4.3. Comunismo o <i>Nihilismo Pasivo</i>	72

Conclusiones	76
Referencias Bibliográficas	80

Resumen

Título: Del resentimiento cristiano-moral según Nietzsche como base moral en la ideología del comunismo.

Autor: Eduardo Mónoga Mendoza

Palabras Clave: Comunismo, cristianismo, resentimiento, *nihilismo*

Descripción

La doctrina comunista planteada por Karl Marx y Friedrich Engels en su *Manifiesto del partido comunista* propone la supresión de la clase burguesa por la imposición de una sola, la clase proletaria. Esta supresión violenta debe ir dirigida tanto a las estructuras que sustentan la economía como a las que sustentan los principios o valores de la conducta burguesa. De aquí se sugiere, de acuerdo con lo analizado por Friedrich Nietzsche en su *Genealogía de la moral* sobre los valores bueno y malo y su crítica a la filosofía de la Modernidad, que la propuesta revolucionaria del comunismo advierte una relación presumiblemente directa con la valoración cristiana del resentimiento en conceptos como los de igualdad, libertad, justicia y compasión.

Abstract

Title: From Christian-moral resentment according to Nietzsche as a moral basis in the ideology of communism

Author: Eduardo Mónoga Mendoza

Key Words: Communism, Christianity, resentment, nihilism

Description

The communist doctrine put forward by Kar Marx and Friedrich Engels in their *Communist party manifesto* proposes the suppression of the bourgeois class by the imposition of only one, the proletarian class. This violent suppression must be directed both to the structures that sustain the economy and to those that sustain the principles or values of bourgeois conduct. From here it is suggested, in accordance with the analysis of Friedrich Nietzsche in his *Genealogy of morality* on good and bad values and his critique of the philosophy of Modernity, that the revolutionary proposal of communism is presumably directly related to the Christian evaluation of resentment in concepts such as equality, freedom, justice and compassion.

Introducción

La capacidad individual inherente al ser humano de crearse unos principios o valores que guíen su actuar (una moral), que le permitan tomar decisiones propias y participar en sociedad, se ve ampliamente afectada por ideologías o doctrinas que se dirigen al colectivo. Para filósofos como Friedrich Nietzsche la doctrina que más impide esta capacidad es el cristianismo¹, el cual hace del individuo un ser sumiso y dependiente al ofrecerle al pobre y humillado la justificación de su estado, partiendo de la idea de que la felicidad no es posible para ellos en la Tierra sino en el cielo.

Así, la verdad, la justicia, la compasión y la igualdad son valores que debe preservar la persona cristiana en aras de su recompensa o bienaventuranza en el más allá; una práctica que, según Friedrich Nietzsche, niega y cancela toda pasión y deseo humano de existir pero que además justifica el odio, el rechazo y la venganza hacia su contrario, este es, el fuerte, el poderoso, el lleno de vida, el ateo.

Son estos valores de la religión cristiana los que, transmitidos de generación en generación, se adaptan cómodamente a las diversas ideologías de tipo social, cultural, económico y político que abundan en la actualidad y que pretenden por vías violentas o pacíficas la misma necesidad cristiana de compasión por el débil, y la misma necesidad cristiana de resarcir al ser humano de su sufrimiento, si no en el cielo sí en la Tierra, pero partiendo del mismo odio, rechazo y resentimiento hacia quien ostenta el poder, porque ven en este al bárbaro, al malvado, al perverso. Un ejemplo

¹ La crítica nietzscheana no está dirigida a la religiosidad directamente, la crítica no parte del cristianismo como una institución religiosa sino del aspecto cristiano de valorar el mundo. Para Nietzsche el cristianismo es el heredero de la transvaloración realizada por la casta sacerdotal representada en el evangelio del amor (Nietzsche, 1972; a. 7-9).

de estas doctrinas puede ser el comunismo, que como se verá, trata de la igualdad, la justicia y la emancipación del pobre o proletario del yugo y dominación burgués.

De este modo, partiendo de la crítica nietzscheana a la filosofía y a la moral tradicional, y a las corrientes o ideologías de la Modernidad, la siguiente investigación monográfica tiene el objetivo principal de hallar una relación entre los principios y características de la ideología social, económica y política del comunismo, propuesto e impulsado por los filósofos alemanes Karl Marx y Friedrich Engels durante el siglo XVIII e inicios del siglo XIX, y los valores y demandas de la ideología cristiana que, según Nietzsche, están basados en el odio y la venganza del débil hacia el fuerte. Esto con el fin, (únicamente académico), de ofrecer un aporte dentro del contexto filosófico actual a las demás investigaciones del cómo las valoraciones de la religión pueden permear otras formas de expresión humana como el arte, la ciencia y la política, dando origen a problemas insondables y de pocas explicaciones.

Para este propósito se observarán específicamente valores tales como la justicia, la libertad, la igualdad y la compasión dentro de conceptos como la lucha de clases, la supresión de la propiedad privada y la democracia, a la luz de las valoraciones “bueno” y “malvado” de la transvaloración² realizada por el pueblo judío producto del resentimiento, heredada e impulsada por la ideología cristiana; pero además, se rastrearán dichos valores dentro de la metafísica de la filosofía tradicional tratando de indicar en ellos la decadencia del espíritu sentida por Friedrich Nietzsche en su época como un *nihilismo* pasivo.

² De acuerdo con el filósofo español Andrés Sánchez Pascual, traductor de obras literarias de la lengua alemana a la española como *La genealogía de la moral*, el término transvaloración es la traducción literal del término alemán *Umwertung* empleado por Friedrich Nietzsche para referirse al cambio o sustitución de la conceptualización primitiva de los valores bueno y malo realizada por los resentidos. Sin embargo, este término también es propuesto por el filósofo alemán al proponer el cambio de la valoración cristiana por los nuevos valores del superhombre.

Así, pues, para responder al objetivo principal de esta investigación se harán necesarios solo tres momentos a saber: primero, un rastreo de la valoración moral dentro de la doctrina comunista; después, un análisis a la moral del resentimiento expuesta por Nietzsche; posteriormente, describir la posible relación que se encuentre entre los valores del cristianismo y los principios del comunismo que permitan, por último, hallar una relación de tipo moral semejante entre los valores del comunismo y la valoración cristiana.

Partiendo de estos tres momentos, el primer apartado de esta investigación presentará el planteamiento del problema y los argumentos o la justificación, junto con los antecedentes teóricos a implementar como guía y base teórica en el desarrollo de este estudio monográfico. Seguidamente en el primer capítulo se realizará, en primera instancia, un recuento histórico sobre el desarrollo del término comunismo desde sus inicios en las primeras formas de organización primitiva hasta la conceptualización moderna que presentan los filósofos Karl Marx y Engels. Posteriormente, se resumirá lo dicho por ellos en su obra común el *Manifiesto del partido comunista* por ser ésta la obra capital de todo movimiento posterior llámese comunista o marxista. De esta lectura, en una tercera parte de este capítulo, se expondrán los principios y características encontradas allí, que posibiliten y que puedan argumentar la interpretación, en una cuarta y última parte, de una moral comunista tanto en su teoría como en su práctica.

Por otro lado, en un segundo capítulo, se expondrá inicialmente lo analizado por Nietzsche sobre el concepto de transvaloración de los valores; cómo surge, quién la realiza y con qué finalidad. Esto, con el fin de aclarar en una segunda parte, qué es la moral del resentimiento, quiénes la heredan y contra quiénes va dirigida. Por último, este segundo capítulo analizará el concepto de *nihilismo* el cual entiende Nietzsche como un síntoma de decadencia vital producido

por la metafísica y la moral tradicional, pero también como el medio propicio para una nueva reestructuración de todo lo noble y poderoso que en el ser humano se encuentre.

Así, teniendo en cuenta lo descrito en los capítulos uno y dos, en un tercer capítulo de esta investigación se llevará a cabo una relación entre las ideas expresadas por el comunismo respecto a sus valores morales y las ideas expresadas por Nietzsche sobre los valores del cristianismo. Esto para determinar qué valores cristianos han podido permear la ideología comunista, cuáles son del resentimiento y si derivan en un *nihilismo* pasivo. Por último, se estimarán las conclusiones que de los capítulos surjan para el fin de esta investigación.

1. Aspectos Generales

1.1. Planteamiento del Problema

Friedrich Nietzsche esboza en gran parte de su obra el problema de la moral tradicional como un síntoma de decadencia espiritual. Así, en *El crepúsculo de los ídolos*, mediante el apartado *La moral como contranaturaleza* Nietzsche (1989), plantea en seis aforismos que todo naturalismo en el terreno de la moral es regido por un instinto de vida, es decir, toda acción humana nacida de las pasiones hace referencia a valores morales autoimpuestos que guían un estilo de vida con sus deberes y prohibiciones; por tanto, ir en contra del orgullo, la sensualidad, el deseo de poder o de venganza, es ir en contra del orden natural de la vida misma, de los instintos más vitales:

La moral que va en contra de la naturaleza, esto es, casi toda la moral que se ha enseñado, respetado y predicado hasta hoy, va precisamente en contra de los instintos, a los que condena (...) Cuando asegura que «Dios ve lo que hay en nuestro corazón», la moral está negando los deseos más bajos y más elevados de la vida y está considerando a Dios como *enemigo de la vida...* (Nietzsche. 1989 a. 4)

De lo anterior se deduce que toda ideología política, social, cultural y religiosa que obedezca a un valor moral que vaya en contra de la naturaleza autónoma de cualquier individuo, obedece a una moral del resentimiento. La relación que se da entre ideales o dogmas de la religión y las doctrinas del comunismo, puede hallarse en los valores contruados contra natura; estos forman, según Nietzsche, la moral del resentimiento: un rechazo en contra de todo valor vital humano.

Por lo anterior, esta investigación consistirá en saber si existe una valoración moral dentro de los principios o características de la doctrina comunista y cómo se podría relacionar esta con la valoración moral del resentimiento judeo-cristiana; esto, con el fin de determinar qué bases morales son tomadas por la política de la religión, cómo las ideas y valores de la religión permean las bases ideológicas del comunismo y cómo es que son del resentimiento.

1.2. Objetivos

1.2.1. Objetivo General

Identificar si existe semejanza y relación entre los valores del resentimiento cristiano-moral que propone el filósofo alemán Friedrich Nietzsche y los valores practicados dentro de la estructura ideológica del comunismo propuesta por los filósofos Karl Marx y Friedrich Engels.

1.2.2. Objetivos Específicos

Exponer las ideas, características y principios propuestos por Karl Marx y Friedrich Engels en las obras *Los principios del comunismo* y el *Manifiesto del partido comunista*, en los que se encuentren rasgos de moralidad.

Describir cómo surge el concepto de moral del resentimiento propuesto en la *Genealogía de la moral* por el filósofo alemán Friedrich Nietzsche

Valorar si existe entre la doctrina política del *Manifiesto comunista* una moral del resentimiento y si ésta se relaciona con la ideología moral judeo-cristiana analizada por Nietzsche en su obra *Humano demasiado humano*.

1.3. Justificación

El estudio de la moral en el ámbito de lo político hace referencia al análisis de los diversos valores tomados en cuenta, tanto por los individuos que detentan cargos públicos, como por todas las personas inmersas en una sociedad cualquiera que sea la forma de Estado que la rija. Este estudio permite analizar dónde pueden tener su origen los distintos ideales que se transforman en la base moral y argumentativa de las distintas doctrinas políticas u organizaciones internacionales en pro de la justicia, la libertad o la igualdad, como las indicadas por Marx y Engels en su doctrina comunista.

Un aporte a este estudio se encuentra en *La Genealogía de la moral* donde valores como la justicia, la igualdad y la compasión son, según Nietzsche (1972), valores morales del resentimiento cristiano luego de una transvaloración de los conceptos bueno y malo producto de la impotencia e incapacidad del débil, realizada por los sacerdotes judíos. Así mismo, en *Humano demasiado humano* Nietzsche (1986) distingue al bueno como: “Quien tiene el poder de pagar en la misma moneda, bien por bien, mal por mal (...) Quien no es poderoso para ello y no puede devolver así, está contado entre los malos” (a.45).

Este último, es el hombre de las leyes, de la democracia, de la justicia, de la compasión, y el que idea o sigue la doctrina comunista planteada por Karl Marx y Friedrich Engels (1848) en *El manifiesto comunista* que aquí se va a analizar. Una referencia al respecto y que sustenta esta idea se encuentra en Platón en el libro II de *La República*. En una discusión con Sócrates sobre el origen del Estado y la justicia, Glaucón comenta cómo algunos hombres, debido a su debilidad, tuvieron que hacerse de leyes y conformar el Estado:

Cuando los hombres cometen y padecen injusticias entre sí y experimentan ambas situaciones, aquellos que no pueden evitar una y elegir la otra juzgan ventajoso concertar acuerdos entre unos hombres y otros para no cometer injusticias ni sufrirlas. Y a partir de allí se comienzan a implantar leyes (Rep. II. 358e-359a).

Esta moral del resentimiento producto de una transvaloración y que conforma todos los valores que sublevan los instintos y pasiones humanas, es sentida por Nietzsche como *nihilismo*, una tendencia de la vida a negarse a sí misma y que se expresaba en el contexto social, político y cultural de su época. En *La voluntad de poder*, libro publicado póstumamente, dice: “lo decisivo es el escepticismo ante la moral, la decadencia de la interpretación moral del mundo, que ya no tiene sanción alguna, después de haber intentado huir hacia un más allá, acaba en nihilismo. “Nada tiene sentido”” (*La voluntad de poder*, 2000; a. 3).

Así, pues, esta investigación pretende explorar la relación entre la moral del resentimiento judeo-cristiana y las actitudes o valores que debe asumir el proletariado, según el comunismo, frente a la burguesía. También se pretende encontrar en estos valores si, al igual que en los del cristianismo, derivan en un *nihilismo* teniendo en cuenta el contexto socio-político y cultural actual.

1.4. Antecedentes

Respecto a la relación entre la moral del resentimiento y la moral del comunismo, no se evidencian datos bibliográficos precisos que aporten directamente a la investigación. Sin embargo, en la búsqueda particular de los conceptos más representativos, se encontraron las siguientes referencias:

En el artículo titulado *Comunismo*, el filósofo español José Laso (s.f), realiza un resumen histórico de los momentos en que se ha hecho uso del término comunismo, indicando que este no surge en la modernidad con las ideas del partido comunista, sino que procede incluso de los primeros intentos de conformación en sociedad creadas por el ser humano, un aporte esencial para esta investigación.

Así mismo, en el artículo *Ética y marxismo* el filósofo hispanomexicano Adolfo Sánchez (2006) presenta una interesante forma de entender el comunismo como una ética basada en un análisis detallado de las formas teóricas y prácticas manifestadas tanto en las obras propuestas por Marx y Engels como por las ideas manifestadas por los distintos y variados movimientos políticos posteriores, denominados a sí mismos marxistas o comunistas.

Por otro lado, la filósofa chilena Ana Escríbar (2016), en su artículo *Nietzsche y el resentimiento*, realiza una descripción sintetizada de las características de la moral del resentimiento y las respuestas al problema, que plantea el filósofo alemán: “Que el hombre se libere del resentimiento representaría una condición necesaria para la superación de la moral y de la metafísica (...), y la no superación de aquellas sería síntoma de la permanencia del primero” (Escríbar Ana, 2016, p. 57).

También, el filósofo colombiano Danilo Cruz. (1972), en su ensayo *Nihilismo e immoralismo*, describe de manera clara el proceso realizado por Nietzsche, sobre la destrucción de la moral; además, refiere cómo el filósofo después de un detenido análisis de los valores expresados en su época, encuentra una transvaloración de estos que reducía toda experiencia humana a un *nihilismo* pasivo al cual había que interponer un *nihilismo* activo o immoralismo.

2. Capítulo I: La Doctrina Comunista

2.1. Sobre el Comunismo

El término comunismo, según la RAE, hace referencia al movimiento o sistema político socio-económico organizado, el cual busca la propiedad común de los medios de producción y la eliminación de las clases sociales. Las principales bases teóricas fueron desarrolladas durante el siglo XIX y sus principales precursores fueron los filósofos alemanes Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895) en su obra conjunta: *Manifiesto del partido comunista*, publicado en 1848. Sin embargo, el término tiene una amplia trascendencia histórica y es hallado en el comportamiento de las primeras formas de organización social humana, en cazadores-recolectores.

Según José Laso (1926-2009) en su escrito *Comunismo*, la concepción contemporánea del comunismo es asociada al socialismo que procuraba la propiedad social de los medios de producción; las concepciones que han surgido hasta hoy son el producto de la difusión de este concepto realizada por los seguidores de las ideas de Marx y del suceso histórico internacional de la revolución soviética en 1917. Para el filósofo, la utilización del término se ha complejizado debido a que este se utiliza no solo en su sentido originario, como un ideal político y un plan de distribución social, sino que también, se emplea “para definir un movimiento político-social organizado y la fase superior de una formación económico-social que se inicia con la fase socialista y culmina en la comunista” (Laso. s.f. p. 1).

Así mismo, para el filósofo contemporáneo Lorenzo Peña en *Comentario al Manifiesto del partido comunista de Marx y Engels* (1998), el concepto de comunismo no fue ideado o inventado en la Modernidad, la idea de “establecer una organización de la sociedad en la que todo es, colectivamente, de todos” tiene una larga trayectoria que, de acuerdo con el filósofo, surge en la

antigüedad con filósofos como Platón y Zenón de Cito y ha ido floreciendo y atrayendo adeptos en los que se cuentan, entre tantos, a los filósofos alemanes del *Manifiesto comunista*.

Así, pues, existen a consideración otros usos del término comunismo derivados de la recolección histórica realizada por Marx, Engels, entre otros. El comunismo primitivo, el comunismo igualitario o comunismo crítico utópico y el comunismo científico, son a la vez momentos históricos en los cuales se manifestaron fenómenos de socialismo y comunidad que luego evolucionaron hasta su concepción política actual. En adelante se examinarán estas formas a la luz de lo analizado por los filósofos españoles José Laso y Lorenzo Peña en los escritos ya mencionados.

El comunismo primitivo es visto por las teorías marxistas, de acuerdo con Laso, como la primera etapa en el desarrollo de formaciones económico-sociales cuyas características eran las propiedades colectivas de las herramientas de producción rudimentarias y la distribución igualitaria de los recursos, pero con un bajo desarrollo de las fuerzas de producción. Este movimiento prematuro pertenece, según el marxismo, a una fase denominada gentilicia dentro del desarrollo de la sociedad, una fase en la que toda actividad humana se basaba en una cooperación simple. De acuerdo con el filósofo: “Para Marx, este tipo primitivo de producción colectiva o cooperativa era, naturalmente, resultado del desamparo en que se encontraba el individuo aislado, y no de la socialización de los medios de producción” (Laso. s.f. p.1).

Con las posteriores divisiones del trabajo y el desarrollo de las fuerzas de producción, la sociedad gentilicia primitiva degeneró en crisis y surgieron las sociedades que se basaban en la explotación humana. Según Laso, para Marx y Engels esta primera noción de comunismo, a pesar de representar valores comunitarios, no podía ser tomada como ejemplo para futuros procesos

sociales debido a que tales valores positivos eran contrarrestados por la insuficiente satisfacción de las necesidades vitales. Sin embargo, los filósofos precisaron, para el planteamiento de sus teorías políticas, de los rasgos morales que expresaba el comunismo primitivo, pero sobre una base científica y técnica que le permitía al hombre satisfacer sus necesidades tanto sociales como naturales.

El comunismo igualitario hace referencia a las distintas teorías que se plantearon antes de Marx y de las ideas del comunismo científico; para Laso, todas las teorías premarxistas se caracterizaron por promover una sociedad basada en la igualdad total de todos los productores y en la propiedad colectivizada de los instrumentos de producción, tanto en el contexto social, económico y político como en lo individual y lo privado. Esta concepción comunista resuelve el problema en la relación entre sociedad e individuo de las comunidades primitivas porque fundamenta una subordinación de los intereses del individuo a una sociedad de iguales dentro de entidades comunales o estatales.

Por otro lado, el comunismo igualitario surge en el ideal popular durante la Antigüedad y el periodo medieval como protesta contra la opresión social y la desigualdad de clases. En este periodo, según el filósofo Lorenzo Peña, se encuentran referencias sobre comunismo en textos como *La República* de Platón, y en la Edad Media, en varios de los principales miembros del cristianismo como Juan Crisóstomo (347-404), quienes “estigmatizaron a la propiedad privada y recomendaron una vida en la que todos los bienes serían poseídos en común” (Peña, 1998. p. 1). Posteriormente, durante los siglos XV y XVI, las ideas del comunismo igualitario resurgen en la literatura como utopías sociales; así, en la obra del teólogo Tomás Moro (1478-1535) *Utopía* publicada en 1516, y en la obra *La ciudad del sol* escrita por el filósofo italiano Tomás Campanella (1568-1639) en 1623, se describen sociedades basadas en la propiedad común de los medios de producción, en la igualación de las fuerzas de producción, en horarios laborales dignos, en la

igualdad de condiciones para hombres y mujeres, y en la educación de los niños igualitaria y común.

De acuerdo con Laso, estas sociedades utópicas reflejan el poco desarrollo espiritual y económico, y la inmadurez social de la época, pues tomaron de ejemplo para su idealización los valores practicados durante el comunismo primitivo. Será hasta el siglo XVII que dichas utopías serán releídas como bases para la organización política del socialismo por pensadores como el británico Robert Owen (1771-1858) y los franceses Henri de Saint-Simon (1760-1825) y Charles Fourier (1772-1837). Para el siglo XVIII, según Peña, posterior a la revolución francesa, nace con François-Noël Babeuf (1760-1797) el comunismo moderno que empezaba a abogar por la abolición de la propiedad privada.

El comunismo científico surge a inicios del siglo XIX como defensa teórica del proletariado en la lucha de clases sociales y como crítica a las ideas del comunismo igualitario. Según Laso, revolucionarios como Dmitri Písarev (1840-1868), Aleksandr Herzen (1812-1870), Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895) entre otros, atacaron severamente las ideas del comunismo igualitario porque veían en este una justificación teórica de la violencia contra el individuo. El hecho de que sus ideas se expresaran en una época en la que el proletariado se hallaba muy poco desarrollado, no les permitió prever que el problema social surgía de una guerra de intereses que se manifestaba en una lucha de clases, por ende, promovieron utópicamente un comunismo que abarcaba no a una clase social determinada sino a toda la sociedad. Afirman Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*:

La forma todavía no desarrollada de la lucha de clases, así como su propia situación social, les lleva, sin embargo, a creer que están muy por encima de ese antagonismo de

clases. Quieren mejorar la condición de vida de todos los miembros de la sociedad, incluida la de los mejor situados. De ahí que apelen continuamente a toda la sociedad sin distinciones, es más, preferentemente a la clase dominante. No hace falta más que comprender su sistema para reconocerlo como el mejor plan posible de la mejor sociedad posible (Marx y Engels, 2001. pp. 91-92).

Según esto, el comunismo científico que nace como argumentación teórica para la clase obrera o proletariado ante la lucha de clases, aunque resalta la importancia de las críticas del comunismo igualitario al atacar todas las bases de la sociedad, lo rechaza porque no asume una posición determinada como la emancipación por vía revolucionaria del proletariado por ser la clase social que más sufre.

El comunismo científico se caracteriza, según Laso, por desarrollar sus teorías en base a estudios científicos de la realidad social con las que se pretendía dotar a los trabajadores de argumentos teóricos para que abordaran con eficacia el proceso de emancipación. Sus principales aportes fueron: la elaboración de una concepción racional del mundo, la invención de un método científico para observar la realidad, la especificación de la misión de la clase obrera en la lucha de clases y la formulación de estrategias tácticas a seguir por el movimiento comunista internacional. Estas ideas se desarrollaron, inicialmente, en *Principios del comunismo* (1847) por Friedrich Engels y, posteriormente, en *El manifiesto del partido comunista* publicado en 1848. Dice Laso:

Al descubrir las leyes del desarrollo de la sociedad, Marx y Engels proporcionaron la clave de la dirección científica de los procesos sociales en interés de todos y cada uno de los hombres: empero, esa dirección solo será plenamente eficaz en una sociedad comunista. Partiendo de una sociedad dividida en clases antagónicas, se hace

indispensable -para lograr esa dirección- una revolución social en la que sea abolida la propiedad privada y establecida la propiedad social (Laso, s.f. p. 4).

De acuerdo con esto, el comunismo científico se convierte en un saber sobre las leyes, las formas y los métodos políticos y sociales de cómo transformar la sociedad al comunismo, de cómo llevar a cabo una revolución en la que se suprima el capitalismo y las formas inhumanas de producción, las clases sociales y toda forma de explotación. En conclusión, el *Manifiesto del partido comunista* se convierte en la base argumentativa de todo movimiento revolucionario y partidos comunistas posteriores. El primero de estos se conoce como el movimiento obrero y comunista internacional que se inició en Londres en 1864 durante la conformación de la Asociación Internacional de Trabajadores o primera internacional, inaugurada por Karl Marx.

2.2. El Manifiesto Comunista

A continuación, se exponen los argumentos e ideas principales propuestas por el comunismo científico en la obra trascendental el *Manifiesto del partido comunista* de los filósofos alemanes Karl Marx y Friedrich Engels. Esto, con el fin de profundizar en los principios o valores que allí se plantean y que manifiesten una posible moral del resentimiento.

Escrito y publicado en 1848 como un programa teórico-práctico detallado y preciso sobre el partido, por petición de la Liga Comunista a los filósofos, el *Manifiesto del partido comunista* permitió la salida a la luz pública de los principios emancipadores de la clase obrera y el fin del capitalismo.

Así, el *Manifiesto del partido comunista* inicia exponiendo que los sucesos históricos de toda sociedad han sido historia de la lucha de clases, es decir, todos los movimientos sociales desde la antigüedad en el imperio romano con la división social entre patricios y plebeyos, pasando por la

Edad Media dividida en señores y vasallos, hasta la modernidad dividida entre burgueses y proletarios, han sido a la vez, la historia de una lucha entre clases sin interrupción; “una lucha que en todos los casos terminó con una transformación revolucionaria de toda la sociedad, o bien con el hundimiento conjunto de las clases en lucha” (Marx y Engels, 2001; p.49).

De este modo, la monarquía instaurada en la Antigüedad por el imperio romano dividió a la sociedad en una lucha entre patricios, caballeros, plebeyos y esclavos, que llevó al surgimiento del feudalismo; este se instauró en el medioevo cuya sociedad se dividió entre señores feudales, vasallos, maestros y siervos. Esta sociedad feudal también decae y es remplazada por la sociedad burguesa acompañada de una revolución industrial que desplazó casi por completo toda forma de manufactura anterior. De acuerdo con los filósofos, esta sociedad burguesa en su transcurso simplificó la diferencia de clases a solo dos grandes formas directamente enfrentadas a saber: burgueses y proletarios.

Según Marx y Engels la sociedad burguesa, no solo revolucionó los medios de producción y la industria, sino que también desarrolló una hegemonía política que le permitió establecerse como clase dominante. Sin embargo, al suceder de las décadas esta sociedad pierde fuerza al no poder dominar su poderío y al no poder manejar las crisis comerciales que detraían lo producido: “las fuerzas productivas que tiene a su disposición no sirven ya para fomentar las relaciones de propiedad burguesas. Al contrario, se han vuelto demasiado poderosas para esas relaciones, que las frenan ahora” (Karl Marx y Engels, p.58); esto provocó, según los filósofos, que los movimientos populares empezasen a criticar al sistema burgués y a proponer su derrocamiento. Afirman Marx y Engels:

Las armas con las que la burguesía derribó el feudalismo se dirigen ahora contra la burguesía misma. Pero la burguesía no sólo ha forjado las armas que van a darle muerte; ha creado también a los hombres que van a manejarlas, los obreros modernos, los proletarios. En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, esto es, el capital, se desarrolla el proletariado, la clase de obreros modernos que viven tan sólo si encuentran trabajo, y que solamente lo encuentran si su trabajo aumenta el capital” (Karl Marx y Engels, p.58).

Según esto, el proletariado es a la vez la representación de todas las clases oprimidas anteriormente, en él se ven representadas la manufactura del feudalismo tras el surgimiento de la propiedad privada y en la Modernidad representan al asalariado que fue desplazado por los modelos industriales de producción, y para los filósofos, será la nueva clase dominante cuando asimilen las ideas del comunismo.

Seguidamente, los filósofos plantean una relación entre las ideas del comunismo con los intereses de la clase obrera o proletariado para decir que no se diferencian salvo en un único aspecto, que el comunismo es un fenómeno que se desplaza haciendo valer los intereses -dentro de toda organización o lucha proletaria en contra de la burguesía- comunes del proletariado en general sin miramientos de nacionalidad; es un movimiento que integra a todas las fuerzas obreras en un mismo interés general a saber: “constitución del proletariado en clase, derrocamiento del dominio burgués, conquista del poder político por el proletariado” (Marx y Engels, 2001, p. 68).

En un tercer capítulo de la obra, Marx y Engels repasan los distintos movimientos de tipo social y precomunista que existieron. Movimientos o momentos históricos que, si bien tenían en sus bases teóricas rasgos comunistas, no pudieron llevarlos a la práctica quedándose solo como utopías. Así,

desde el socialismo reaccionario que inicia en la época feudal con canciones satíricas y profecías por la aristocracia en contra de la naciente burguesía; pasando por el socialismo conservador o burgués que se caracterizaba por remediar los males sociales de cara a la conformación de la sociedad burguesa; hasta el socialismo y el comunismo crítico-utópico modernos en cuya literatura perciben el antagonismo de clases y las formas de disolución de la clase dominante, pero no crean los elementos materiales para la liberación del proletariado.

De conformidad con los filósofos, estos movimientos sociales y comunistas son conscientes de que hay que defender los intereses de la clase obrera por ser la que más sufre, pero también los intereses generales de todos los miembros de la sociedad incluso la de los mejor posicionados. En consecuencia: “rechazan toda acción política, especialmente la revolucionaria; quieren conseguir su objetivo por vía pacífica e intentan abrir camino al nuevo evangelio social mediante pequeños experimentos –que, naturalmente, fracasan–, mediante la fuerza del ejemplo” (Marx y Engels, 2001; p. 92).

De acuerdo con lo analizado, hasta el capítulo tres del manifiesto los filósofos plantean los sucesos y hechos históricos que motivaron a la clase obrera moderna a postular argumentos en pro de su emancipación. En un cuarto y último capítulo, exponen las actitudes que han de asumir los comunistas respecto de los demás partidos de oposición. Estos deben apoyar en todas partes cualquier movimiento revolucionario en contra de las situaciones sociales existentes, deben trabajar por sembrar una conciencia en la clase obrera del antagonismo existente entre burgueses y proletarios, con el propósito de usar las situaciones surgidas como armas de ataque que garanticen una completa supresión de toda forma de propiedad privada.

Para Marx y Engels, es indispensable que los comunistas trabajen por la unión y el entendimiento de los partidos democráticos que existen en todos los países y rechacen abiertamente ocultar sus opiniones y propósitos, es indispensable que declaren sin temor que su objetivo principal solo puede ser alcanzado mediante el derribo violento de todo orden socio-político existente. Advierten al finalizar: “Que tiemblen las clases dominantes ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen en ella nada que perder, sino sus cadenas. Tienen un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!” (Marx y Engels, 2001; p. 97).

En conclusión, el comunismo científico representado por los filósofos alemanes Karl Marx y Friedrich Engels cuyas bases argumentativas se sentaron, por petición de la Liga Comunista, en el *Manifiesto comunista*; impulsaron los movimientos obreros que surgieron posteriores a la publicación en varias lenguas de la obra. Muchos de estos movimientos se denominaron en su práctica política como marxistas y aunque algunas de estas ideas lograron imponerse en diferentes países, la rápida expansión global de la industria impuso el capitalismo en casi toda sociedad cerrando toda posibilidad de una sociedad comunitaria como la expuesta por los filósofos.

Cabe decir que, en la obra no se encuentran aportes directos a la construcción de una ética comunista, a pesar de considerarse una doctrina para el marxismo no se encuentran en el *Manifiesto* códigos de conducta moral establecidos, no más que los deberes, arriba señalados que le permitirán a la clase obrera llegar a conquistar una sociedad verdaderamente comunista. En *Los principios del comunismo* de Engels se encuentran argumentos que fueron reagrupados y asimilados en el *Manifiesto*, en ambas obras se hace explícito una radicalidad en las propuesta emancipadoras, y en las aseveraciones que allí se plasman se intuyen un determinismo y un triunfalismo, una confianza total en que el proyecto podía llevarse a cabo tal cual se había indicado debido a la situación de

disconformidad y crisis capital que experimentaban los filósofos en el momento justo en el que redactaban para su posterior publicación las ideas del *Manifiesto del partido comunista*.

2.3. Principios y Características de la Ideología Comunista

A continuación, se exponen las ideas, principios y características que se puedan encontrar en el comunismo como ideología o doctrina que solo con Marx y Engels alcanzan su verdadera representación. Con este fin, se examinarán los primeros indicios de comunismo que hayan surgido a lo largo de la historia dentro de contextos socio-políticos determinados, teniendo en cuenta los periodos analizados por los filósofos en el *Manifiesto comunista*.

Es de aclarar que antes del comunismo científico no se había analizado el problema implícito en toda sociedad de la lucha sempiterna de clases producto de la división del trabajo. Es el comunismo científico quien propone la disolución radical de toda forma de propiedad como solución al problema de la desigualdad social, la apropiación común de los medios industriales de producción y la igualdad de condiciones laborales para todos los miembros del Estado. Por ende, los principios o propuestas comunistas que anteceden son solo manifestaciones o comentarios esporádicos salidos de alguna situación social específica y que no tuvieron demasiada trascendencia.

De acuerdo con lo ya expuesto, las concepciones precomunistas o comunismo igualitario se desarrollaron durante los periodos históricos que comprendieron la Antigüedad y el Medioevo, desde las ideas platónicas hasta las primeras utopías socialista modernas el comunismo se expresó como justicia, igualdad y compasión, valores a seguir por toda forma social que pretendiera un Estado; según Laso, entre estas concepciones comunistas figuran las que se manifestaron en el siglo II (a.n.e) en Palestina por miembros de la secta esenia quienes se agruparon en colectivos

comunistas cuyos principios o características eran: “el alojamiento, la actividad cotidiana y la comida en común” (Laso, s.f. p. 1).

Luego, en la Grecia antigua se encuentran rasgos de comunismo y son planteados por Platón. Así, se habla de un comunismo platónico el cual, según el helenista español Manuel Fernández (1918-1988) en su *Genesis de la República* (s.f), proponía la comunidad de propiedad y familia, pero solo para las clases sociales dominantes. En los libros III y V de *La República* se plantea cómo, desde una sociedad dividida en tres clases en las que se nace para ser gobernante, guardia o artesano, hay que educar en igualdad de condiciones a niños, mujeres y hombres; sin embargo, los gobernantes y los guardianes son los únicos que se educan para y en función del Estado, desde niños son arrancados del seno de sus madres y criados fuera de su hogar por institutrices y son también, los únicos a quienes se les negará la posibilidad de propiedad y familia. Dice Platón:

En primer lugar, nadie poseerá bienes en privado, salvo los de primera necesidad. En segundo lugar, nadie tendrá una morada ni un depósito al que no pueda acceder todo el que quiera (...) se les asignará un pago por su vigilancia, que recibirán de los demás ciudadanos (...) Se sentarán juntos a la mesa, como soldados en campaña que viven en común (...) En el Estado, por consiguiente, únicamente a ellos no les estará permitido manipular ni tocar oro ni plata (...) Si en cambio poseyeran tierra propia, casas y dinero, en lugar de guardianes serán administradores y labradores, en lugar de asistentes serán déspotas y enemigos de los demás ciudadanos (Rep, III. 416 d-417 b).

Según esto, el comunismo platónico es una doctrina impuesta y marcada por una notable división de clases que pretende una correcta distribución del trabajo; al presentarse como el único medio que garantiza que quienes se van a encargar de las funciones del Estado no pierdan de vista

su objetivo el comunismo platónico, de acuerdo con Fernández, no se manifiesta como satisfacción de todos, sino como el sacrificio de unos pocos. Por fuera de esta comunidad queda la mayor parte de la población, y al ser un Estado antidemocrático, para Platón, la inmensa mayoría de estas personas solo deben preocuparse por preservar las virtudes (templanza y justicia) que les permita la satisfacción en una vida simple de familia, trabajo y propiedad privada.

Así mismo, Fernández propone una relación entre el ascetismo cristiano y los valores a seguir por los guardianes y gobernantes del Estado ideal platónico, castidad, temperancia, justicia, entre otras: Afirma Fernández:

Cuando, como queda visto, el filósofo habla por una parte de la dura condición de esos guardianes y por otra de su inefable felicidad, lo hace en el mismo sentido en que un cristiano puede hacerlo de los consagrados a la vida religiosa: como los monjes, quedan aquellos sometidos a pobreza y a renuncia de la propia voluntad (Fernández, s.f, p. 15).

De acuerdo con lo anterior, el comunismo platónico, fuera de pretender una revolución social, evoluciona en el modelo cristiano de sumisión practicado por unos pocos como supuesta clase privilegiada. El comunismo igualitario visto en Platón, no abarca a toda la sociedad y no pretende la igualdad sin clases de todos los miembros del Estado, pero funda los valores o principios a tener en cuenta por las utopías de la sociedad moderna. En todo caso, la condición indispensable sobre la completa abolición de la propiedad privada es vista así, solo por Marx y Engels en el comunismo científico, no antes.

Posteriormente, durante la Edad Media, de acuerdo con Laso, los primeros cristianos afirmaban que el hombre se hacía comunista por libre albedrío mientras que alcanzaba mayor pureza moral. Estas tendencias al igualitarismo fueron asimiladas por la ideología cristiana y consiguieron

manifestarse en las costumbres y teorías de las comunas anabaptistas³ quienes se caracterizaban por manifestar una comunidad para la oración, una mutua ayuda material y una libertad religiosa. Según, el filósofo español Lorenzo Peña en *Comentario al manifiesto del partido comunista de Marx y Engels* (1998), los monarcas aplastaron a los comunistas anabaptistas quemando en la hoguera a los seguidores y sus familias.

Mas adelante, a partir del siglo XVI hasta principios del siglo XIX cuando nace con Marx y Engels el comunismo científico, empieza a emerger en países como Francia e Inglaterra, una variedad de literatura la cual expresaba rasgos comunistas como la propiedad en común de los bienes; entre estas obras se encuentran *Utopía* de Tomás Moro, que plantea una vuelta a la comunidad primitiva siguiendo las ideas del comunismo platónico, y las obras de escritores como Joseph Fourier y Robert Owen quienes expresaban ideas como la repartición igualitaria del trabajo y del placer, representantes a la vez del comunismo crítico utópico ya analizado.

De este modo, el comunismo científico, que ha podido observar detenidamente los sucesos históricos anteriores, expone su *Manifiesto comunista* y propone unas bases teóricas y prácticas con las cuales el proletariado podrá erguirse como clase única. A continuación, se expondrán las características o principios manifestados por este comunismo en voz de sus principales precursores Marx y Engels, en las obras *Principios del comunismo* (1847) y *Manifiesto del partido comunista* (1848) respectivamente.

³ Según la RAE: Del lat. mod. *anabaptista*, y este formado sobre el gr. *ἀνα-* *ana-* “de nuevo” y *βαπτιστής* *baptistés* “el que bautiza”, hace referencia al seguidor o seguidores de una doctrina protestante que no admite el bautismo de los niños.

De acuerdo con lo analizado hasta aquí, las características principales del comunismo se dividen en tres partes principales a saber: la supresión de toda forma de propiedad privada, la administración común de todos los medios industriales de producción y la distribución igualitaria de las riquezas. Justificados por la concepción materialista de la historia que habían analizado, como la lucha de clases y la explotación del hombre por el hombre, y los fuertes debates de la época, Marx y Engels ven la posibilidad de instaurar un nuevo orden social, económico y político en el que la clase oprimida resurja como única clase.

Otro punto de vista surge de la crítica realizada por el comunismo científico al comunismo literario o crítico utópico; según Lorenzo Peña, lo característico del comunismo científico es que, por un lado, muestra su necesidad y posibilidad histórica como el resultado de las leyes objetivas de la sociedad, por otro lado, se dirige única y exclusivamente al proletariado: “detecta la lucha real que éste está llevando a cabo y, al hacerlo, le facilita una mayor toma de conciencia de su papel en el proceso, poniendo a su disposición armas ideológicas para elevar el nivel de ese combate”(Lorenzo Peña, 1998; p. 8). Algo imposible para el comunismo igualitario que lo precedió el cual pretendía vías de acción pacíficas.

Así, pues, respecto a las actitudes fundamentales que deben tomar los comunistas, estas son: la abolición o supresión de toda forma de propiedad privada y la igual distribución del trabajo, en los *Principios del comunismo* se leen en doce puntos las vías de desarrollo que implementará de forma gradual la revolución comunista. Empezando por una “restricción de la propiedad privada mediante el impuesto progresivo, el alto impuesto sobre las herencias...” (Engels, 1981; p. 9); pasando por una expropiación gradual a terratenientes de todos los medios de producción industrial y la confiscación de las propiedades a todos los emigrados y rebeldes; hasta la organización del trabajo y el igual deber obligatorio del mismo para todos los miembros de la sociedad, los

comunistas postulan un cambio radical y rotundo al sistema social de clases desiguales que se seguían históricamente desde la antigüedad.

Aunque, en el *Manifiesto del partido comunista* la postura en común de los filósofos a este respecto, no está bien determinada como en los *Principios*, los dos textos coinciden en la supresión de la propiedad privada a la clase burguesa y terrateniente. Afirman Marx y Engels:

Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales sino aboliendo el modo de apropiación en vigor (...) Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente (...) El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa (...) En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada. (Marx y Engels, 2011; pp. 45, 48).

Según esto, en el contexto social de los filósofos la clase burguesa, al ser la única clase social definida, era quien poseía la propiedad de las tierras y de los medios industriales de producción, por ende, todo ataque revolucionario comunista debía ser dirigido en contra de todas las propiedades burguesas. En este sentido, de acuerdo con lo dicho en *El comunismo* (2010), Marx y Engels olvidan que toda esa clase social burguesa que deseaban destruir estaba conformada por antiguos obreros o sus descendientes quienes lucharon también, por medios intelectuales, si no en contra del antagonismo social, sí en la supresión de abusos o privilegios absurdos e innecesarios.

Respecto a lo anterior, un ejemplo claro, se encuentra en los distintos aportes que trajo consigo el Renacimiento y la Ilustración en voz de filósofos como Locke, Hume, Rousseau y Kant, quienes

ofrecieron aportes a la problemática social que experimentaba cada cual de acuerdo a su época o contexto político y respecto al tema en concreto de la propiedad privada.

De acuerdo con el historiador español José García en *Introducción histórica a la filosofía del Estado (II)* (2000), el concepto de propiedad privada es de resaltar siempre dentro del concepto de Estado, este debe entenderse como una realidad que adquiere contenido en el desarrollo histórico; de este modo, aparece ligado, primero, a un interés nacional “como expresión de la formación y soberanía de la burguesía dentro de la frontera nacional”, cuyos representantes son Nicolas Maquiavelo (1469-1527) y Thomas Hobbes (1588-1679) durante el siglo XVI. Después, durante los siglos XVII y XVIII a un contrato social “como expresión de un pacto entre las clases sociales emergentes” (García, s.f. p. 1), cuyos representantes son los ingleses John Locke (1632-1705) y David Hume (1711-1776), los franceses Charles Lois Montesquieu (1689-1755) y Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y los alemanes Immanuel Kant (1724-1804) y Friedrich Hegel (1770-1831).

Así pues, según García, mientras para Hobbes el derecho a la propiedad no existe en el estado de naturaleza porque allí los hombres viven en constante guerra, para Locke: “ El Estado no tiene su origen en el caos y, por tanto, en el temor de sus súbditos, sino en el interés común y el consentimiento de los ciudadanos”, y su función general es “garantizar la vida, la propiedad y la libertad”; Para García, la propiedad en Locke, es el derecho a poseer las cosas siempre que su poseedor haya realizado algún esfuerzo personal en estas (García, s.f. p. 2, 3).

De acuerdo con lo expuesto, estas ideas motivan a los movimientos obreros y a la clase burguesa a levantarse en contra de las monarquías de la sociedad feudal, pero también, el comunismo científico pretende la abolición de la sociedad burguesa para imponer a la clase proletaria como la

única y más justa. Vemos cómo los rasgos o características comunistas evolucionan de acuerdo al contexto sociopolítico de cada época; así, mientras que en la Antigüedad y el Medioevo sin conciencia de que la división del trabajo era lo que ocasionaba la división social en clases y la desigualdad, se hablaba de igualdad en educación y distribución de la propiedad para las clases menos privilegiadas, en el comunismo científico de la Modernidad se ve cómo se quiere abolir ese antagonismo y privilegiar con ello a la clase obrera o proletariado, partiendo de los argumentos científicos o también llamado materialismo histórico⁴.

Por otro lado, según el ingeniero mexicano José Covarrubias el comunismo tiene una característica nacida de la pretensión de querer suprimir la propiedad privada, la “abolición de la libertad individual” y la “iniciativa excitada por el interés”; siguiendo lo dicho en *El comunismo* esto hace del método comunista una forma tiránica de gobernar y, de acuerdo con los ejemplos actuales vistos en Rusia, China o Cuba, una dictadura. Se convierte a la vez, en una forma de Estado antidemocrática y ampliamente opuesta a los valores liberales que hasta hoy día han sido “el motor del progreso humano (Covarrubias, 2010; p. 125).

En conclusión, el comunismo científico de Marx y Engels que más tarde será asimilado por las doctrinas marxistas, se caracteriza por su radicalidad en lo concerniente a la supresión de toda forma de propiedad, primer paso necesario e indispensable al llevarse a cabo la revolución proletaria que permitirá su ascenso a clase única. Sin embargo, características como la distribución igualitaria de los medios de producción, del trabajo y de las riquezas, hacen parte de los valores a

⁴ Según la definición de la RAE, el materialismo histórico es una doctrina ideada por el filósofo alemán Friedrich Engels la cual afirma que no es la conciencia de la persona la que determina su ser, sino la realidad social y las tensiones y poderes que la crean y la condicionan.

seguir por todos los emancipados una vez se suprima la sociedad burguesa y se instaure la proletaria.

2.4. La Moral del Comunismo

A continuación, se analizan los principios o valores del comunismo expuestos en las obras de Marx y Engels los cuales pueden hablar de una moral, si no en sentido estrictamente dogmático, sí en los valores como la igualdad, la libertad, la justicia y la democracia, presentados como necesarios para la conformación de una doctrina teórico-práctica que pretende abrir conciencia de masas para una revolución, y para una debida organización una vez tomado el poder. Por otro lado, teniendo en cuenta que el comunismo de Marx y Engels, por ser el más acabado, claro y contundente, al no poder ser aplicado literalmente en el momento justo que pretendía, fue asimilado posteriormente como guía por corrientes o movimientos de tipo filosófico, social, económico y por políticos de izquierda, y los aportes a una posible interpretación moral del comunismo quedan reducidos a los comentarios de dichos movimientos, unos a favor y otros en contra.

Así también, por moral comunista se puede entender los valores o principios de acción individual y colectivos que debe practicar la clase obrera o proletaria antes, durante y después de su proceso revolucionario, establecidos por Marx y Engels en el *Manifiesto*; por moral marxista, se puede entender un proceso de valores reaccionarios surgidos de una interpretación profética de las obras del comunismo científico de Marx y Engels. Según Lorenzo Peña, aunque se piensa que marxismo y comunismo son sinónimos, el primero hace referencia al sistema económico, político y social, al que aspiraban Marx, Engels y sus predecesores que debía llegar el proletariado, pero también es marxista todo aquel que considere el comunismo como una propuesta posible y quiera

ponerla en práctica; el segundo, hace referencia a los procesos o vías de acción que debe realizar el proletariado en colectivo para mantener una sociedad igualitaria.

Cabe decir que quienes apuntan a que no hay relación de la moral con el comunismo, lo hacen desde las frases hechas por Marx y Engels en las que se critica a la moral de la sociedad burguesa; así, para el filósofo Lorenzo Peña, “el comunismo científico no exhorta, no echa sermones, no arenga, no moraliza (...) no trae a los proletarios un hermoso plan de vivir en una sociedad más justa, no apela al sentimiento ético” (Peña, 1998; p. 8). Sin embargo, en oposición a esto, es desde los valores empleados para realizar esa crítica de donde parten los motivos para proponer, como se verá a continuación, una moral comunista.

Teniendo en cuenta los diversos comentarios que han surgido alrededor de la cuestión de si existe o no una moral del comunismo o del marxismo, se fijarán aquí solo los enunciados que avalan, para esta investigación, una propuesta moral en la teoría y práctica del comunismo. Para este propósito se expondrán y analizarán las propuestas de los filósofos marxistas Luis Aranguren (1909-1996) y Andrés Sánchez (1915-2011) ya que los dos coinciden en una *praxis* marxista de la moral, el primero de conformidad con el comunismo y el segundo, con una postura más imparcial.

Así pues, teniendo en cuenta que una de las maneras de entender la moral es hablar de los principios, normas o valores autoimpuestos que guían un actuar individual, y por ética, al conjunto de normas sobre la conducta moral adecuada a todos los individuos organizados dentro de una sociedad determinada, Sánchez en *Ética y marxismo* (2006), sugiere examinar las características del comunismo desde un doble sentido de moral, uno, como objeto de reflexión, otro, como conjunto de principio o normas que debieran considerarse o ajustarse a las relaciones en sociedad. Según esto, la moral se puede determinar en un carácter explicativo y en otro normativo; el primero

se refiere a la moral que es objeto de conocimiento o reflexión, el segundo, se refiere a la moral que se propone o enseña y que nace como crítica a la moral que está impuesta, “así como de la crítica a la que pueden someterse otros tipos de comportamiento humano como el político, el estético, el religioso, el lúdico o el económico” (Sánchez, 2006. p. 298).

De acuerdo con esto, en el sentido reflexivo o explicativo, el comunismo científico al proponer que el proletariado debe suprimir la propiedad privada burguesa y sus valores: “las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía” (Marx y Engels, 2011, p. 45), lo hace como crítica, sin defender una postura contraria; sin embargo, para Sánchez, Marx y Engels al proponer las características del comunismo sin quererlo fundan una ética marxista: “la moral no deja de hacerse presente en ella como objeto de conocimiento, y con la suficiente altura teórica como para inspirar una ética” (Sánchez, 2006. p. 299); así como el comunismo hace una lectura moral de la burguesía, del mismo modo, se puede hacer una lectura moral del comunismo en la actualidad.

Por otro lado, en el sentido normativo es más apreciable la relación del comunismo con la moral, dado que, al analizar los valores de la burguesía a suprimir no puede evitar dejar de proponer, en mayor grado, los nuevos valores teóricos y prácticos que han de procurar los representantes (la clase proletaria) de esa nueva sociedad. Un ejemplo al respecto, del porqué el comunismo científico propone una *praxis*, es encontrado por Sánchez en la *Tesis sobre Feuerbach* (1888) de Marx. Allí se dice que los filósofos hasta el momento se han limitado a interpretar el mundo cuando de lo que se trataba era de transformarlo. De acuerdo con Sánchez, hay, según lo anterior, “una centralidad de la *praxis*, entendida como una actividad subjetiva y objetiva a la vez, teórica y práctica” (Sánchez, 2006; p. 302); así, el comunismo científico cuando critica solo la actitud meramente contemplativa del mundo por la falta de acción, es porque en su estructura el

comunismo posee las bases o los principios para una transformación del mundo, al menos, en el contexto social.

Siguiendo lo propuesto, otro comentario que se apoya en la idea anterior se encuentra en *El marxismo como moral* de López Aranguren, allí el filósofo español se pregunta qué pretendía establecer el comunismo al querer pasar de la mera contemplación a una transformación radical del mundo entendido como sociedad humana. Al nacer la propuesta de una crítica a la contemplación pasiva de la filosofía tradicional, dicha transformación del mundo en sentido social, político y económico pretendía “una nueva cosmovisión”, “un cambio de actitud” y, por consiguiente, “una nueva moral” (Aranguren, 1968. p. 29). Afirma el filósofo:

Su doctrina -implicación de doctrina y praxis- significa la atribución de una nueva función -eminentemente práctica- al Saber; (...) Mediante la predicación de este Saber práctico-político se trataba, como vimos, de encarnarlo en una fuerza real, el proletariado. Marx vio muy lúcidamente que una masa humana arrancada por la revolución industrial de sus raíces, adquiriría una disponibilidad para el cambio de actitud (Aranguren, 1968. p. 30).

Según esto, el cambio de actitud o lo que pretende el comunismo en su teoría y práctica es, como se ha visto hasta aquí, rescatar al proletariado, al pobre, al débil, al humillado, entregarle unas bases teóricas para que tome conciencia de que pertenece a una clase numerosa pero explotada, y, por último, motivarlo a que revolucionariamente luche por su emancipación o libertad. De acuerdo con Aranguren, esos modos de acción que pretende el comunismo y el marxismo en la actualidad, pero menos radical, son el rasgo moral más preciso y característico encontrado dentro de sus teorías ya que procuran, no solo un hombre novedoso, sino también, la perfección en el comunismo del hombre proletario.

Para no admitir que los valores con los que critica a la sociedad burguesa, con los que critica a la filosofía tradicional y los que representan la emancipación proletaria tienen un carácter moralino (en términos nietzscheanos), el comunismo encuentra cómo disfrazar su activismo reformista revistiéndose, según Aranguren “con el ropaje del análisis científico, económico y sociológico” los cuales contienen conceptos de valor como plusvalía y depuración creciente. Así, el comunismo se presenta como un “voluntarismo y como un ciencismo-determinista, de carácter histórico” al proponer un sistema teórico-práctico libremente, es decir, sin formulaciones de tipo religioso ni reformas morales (Aranguren 1968. p. 31).

Volviendo a lo dicho por Sánchez, el marxismo en su sentido práctico presenta cuatro aspectos que posibilitan o argumentan su visión moral normativa; el primero es el comunismo como una crítica de lo existente, hablar de los males que se critican es presuponer a la vez los bienes sociales en los que se simbolizan esos valores criticados; el segundo es el comunismo como un proyecto ideal o utópico de emancipación como alternativa donde no existan los valores criticados: “un proyecto a su vez deseable, posible y realizable, pero no inevitable en lo que respecta a su realización” (Sánchez, 2006. p. 303); el tercero es un comunismo como conocimiento de la realidad a transformar y sus posibilidades, y de los medios y la fuerza empleados para dicha transformación.

Por último, el comunismo se distingue por su voluntad al realizar el proyecto, por su vinculación con la *praxis* pues, para el filósofo, no basta solo con criticar lo existente y proyectar alternativas, ni conocer la realidad a transformar, es necesario el conjunto de estos aspectos para proyectar una verdadera práctica, “en especial, la práctica política destinada a realizar el proyecto de emancipación” (Sánchez, 2006. p. 303).

De acuerdo con lo anterior, es inevitable no encontrar una estructura ética en los principios y valores que caracterizan el proyecto revolucionario del comunismo, la pretensión de liberar de la explotación al hombre, el proponer la libertad individual y colectiva, y la igualitaria y justa distribución de los bienes producidos, se perciben, según el filósofo, como una ética normativa que postula una nueva moral. Así también, por el contenido moral de sus valores y fines como la igualdad, la libertad, la justicia y la dignidad humana; por el contenido moral de los medios requeridos para llegar a alcanzar esos valores, y por valores morales como la honestidad, la lealtad y la solidaridad que han de regir el carácter individual dentro de esa sociedad comunista, la teoría y posible *praxis* del comunismo tiene que ver directamente, según Sánchez con la moral.

En conclusión, de acuerdo con lo analizado por los filósofos se puede apreciar una moral comunista, según lo hemos visto, por un lado, como crítica en un sentido científicista y determinista de la historia, y por otro, dentro de una filosofía de la *praxis*. Así también, existe una moral comunista no solo en la crítica realizada a la burguesía sino también en la teoría que se plantea para superarla; si bien, Marx y Engels pretenden la emancipación del explotado proponiendo una realidad distinta y posible y no un ideal, lo hacen sin tener en cuenta que para ello es necesario imprimir ciertos valores como la igualdad en el ideario colectivo del proletariado para que éste, una vez tome conciencia de su libertad, sepa cómo comportarse en sociedad, en ese nuevo Estado.

3. Capítulo II: Nietzsche “el primer immoralista”

3.1. Transvaloración de los valores

La expresión *Umwertung der Werte* es usada por el filósofo alemán Friedrich Nietzsche para referirse a un cambio conceptual de los valores bueno (*gut*) y malo (*schlecht*) que antes simbolizaban al hombre poderoso y fuerte, y al simple y débil respectivamente. Nacida del odio y el resentimiento más profundo y llevada a cabo por la casta sacerdotal personificada en el pueblo judío, la transvaloración consiste en que ahora el malvado (*böse*) es el fuerte, el violento y lleno de vida, y el bueno (*gut*) es el indigente, el pobre y compasivo. A continuación, se expone lo proferido por el filósofo de su análisis realizado en *La genealogía de la moral* (1886) con el fin de aclarar e indicar cómo la valoración del resentimiento es asumida por la moral cristiana y cómo se convierte esta en un *nihilismo* pasivo, en una moral “contranaturaleza”.

Nietzsche comienza la primera parte de su tratado genealógico con una dura crítica a los autores del empirismo inglés por su falta de sentido histórico al proponer los primeros ensayos genéticos sobre la moral, para él, estos se contradicen al pretender un origen de los conceptos bien y mal en el olvido y el hábito. Este sentido ahistórico del empirismo los ha llevado a una interpretación falsa al sostener que originariamente las acciones no egoístas eran enaltecidas y llamadas buenas por aquellos a quienes estas acciones les resultara útiles; después, ese utilitarismo se convirtió en hábito y las acciones no egoístas pasaron a ser sentidas como si fueran en sí algo bueno. Así, según Nietzsche, la utilidad y el hábito se convierten en una “apreciación valorativa de la que el hombre superior había estado orgulloso hasta ahora como de una especie de privilegio del hombre en cuanto tal” (Nietzsche; *La genealogía de la moral*, 1972, a. 2).

Seguidamente, Nietzsche declara que esa apreciación valorativa debe ser desvalorizada, pues, el juicio valorativo de “bueno” no procede del hábito en acciones altruistas de unos para con otros, sino de un “*pathos* de la nobleza y de la distancia”, esto es, de la valoración que los “buenos” hacen de ellos mismos como hombres superiores frente a todo lo débil, vulgar y plebeyo; el verdadero origen de la antítesis entre “bueno” y “malo” es el duradero y dominante sentimiento radical de una especie superior en su relación con una especie inferior. Por este origen, según el filósofo, es que la palabra “bueno” no está ligada a acciones “no egoístas”, la antítesis propuesta por el empirismo inglés surge sí, pero mucho tiempo después cuando los juicios de valor aristocráticos empiezan a decaer.

Siguiendo lo dicho, el filósofo expresa que tal origen resultó de sus investigaciones etimológicas a la palabra “bueno” en varias lenguas en las que siempre era remitido a la misma conceptualización: “en todas partes, “noble”, “aristocrático” en el sentido estamental, es el concepto básico a partir del cual se desarrolló luego, por necesidad, “bueno” en el sentido de “ánimicamente noble” (Nietzsche, 1972. a. 4); paralelo a este, se desarrollan las palabras “vulgar” y “plebeyo” las cuales pasan a representar al concepto “malo”. Un ejemplo claro de lo anterior es encontrado por el filósofo en las raíces de su lengua; así, en el alemán la palabra “malo” (*schlecht*) es idéntica a la palabra “simple” (*schlicht*) y a “simplemente” (*schlechtweg*), que en su origen designaba al hombre simple y vulgar en contraposición al noble. Este estudio es de suma importancia para una verdadera genealogía de la moral, sin embargo, el hecho dificultoso para su proposición se debió, de acuerdo con Nietzsche.

Por otro lado, este mismo origen es planteado por el filósofo en el aforismo cuarenta y cinco de su obra *Humano demasiado humano: un libro escrito para pensadores libres* (1878) anterior a la *Genealogía de la moral*, allí, Nietzsche plantea una *Doble prehistoria del bien y del mal*, primero,

“en el alma de los linajes y castas dominantes”, aquí es llamado bueno aquel que tiene la capacidad tanto física como espiritual para devolver mal por mal y bien por bien, y por el contrario, quien no tiene esa capacidad o ese poder es visto como malo; el enemigo no es aquí considerado malo pues puede pagar con la misma moneda, no es malo quien hace un daño, sino el que es despreciable. Luego, la antítesis se vuelve a dar, pero esta vez en el alma de los oprimidos e impotentes, aquí, cualquier hombre distinto es tildado de explotador, cruel y despedido sea noble o plebeyo. Esta antítesis es vista por Nietzsche como una moral donde los signos de bondad, caridad y compasión, son el prelude que acarrea la ruina del individuo y el linaje, donde quiera que se practique.

De acuerdo con lo analizado, es en la antítesis realizada por los débiles e impotentes en donde se ve manifestada una transvaloración de los conceptos bueno y malo, es en esta fase donde la casta suprema se vuelve una casta sacerdotal y en consecuencia esta inicia una nueva valoración que los diferencie y que los distinga; de acuerdo con Nietzsche, “aquí es donde, se contraponen por primera vez “puro” e “impuro” como distintivos estamentales (...) aquí se desarrolla más tarde un “bueno” y un “malo” en un sentido ya no estamental” (Nietzsche, 1972. a. 6). De este modo, nace la aristocracia sacerdotal como antítesis de la casta caballeresca con una nueva valoración interiorizada y peligrosa al expresarse. Dice Nietzsche:

Desde el comienzo hay algo no sano en tales aristocracias sacerdotales y en los hábitos en ellos dominantes, hábitos apartaos de la actividad, hábitos en parte dedicados a incubar ideas y en parte explosivos en sus sentimientos, y que tienen como secuela aquella debilidad y aquella neurastenia intestinales que atacan casi de modo inevitable a los sacerdotes de todas las épocas (Nietzsche, 1972. a. 6)

Esto genera, una respuesta de la aristocracia sacerdotal como una especie de remedio a su condición de ser sufriente, un remedio que según el filósofo aún hoy día padece la humanidad por ser peor que la enfermedad. De este modo, como remedio o cura a una neurosis, la casta sacerdotal promueve los primeros signos de una religión con acciones como ayunos, abstinencia sexual y retiros espirituales, pero también promueve la metafísica “hostil a todos los sentidos”; entre estos sacerdotes, la soberbia, la venganza, el amor, la ambición de dominio y la virtud adquiere, según el filósofo, un carácter y un sentido peligrosos. Sin embargo, en esta fase peligrosa es donde adquiere el ser humano una condición de “animal interesante” a diferencia de las demás especies, donde el alma humana alcanza profundidad superior y se vuelve “malvada”.

Así, se establece una diferencia radical entre las formas de valorar de la casta caballeresca y la casta sacerdotal, los juicios de valor de los primeros presuponen una constitución física poderosa y una salud floreciente producto de las guerras, las aventuras, la caza y las peleas; en cambio, la nobleza sacerdotal, solo valoriza a través del odio pues su impotencia no les permite una respuesta agresiva como en toda guerra: “los máximos odiadores de la historia universal, también los odiadores más ricos de espíritu, han sido siempre sacerdotes” (Nietzsche, 1972; a. 7). De este odio sacerdotal los mayores representantes son el pueblo judío, nada se compara en lo que se ha hecho en contra de los fuertes, poderosos, los nobles y los violentos, en lo que los sacerdotes judíos han hecho en contra ellos.

Para Nietzsche, el pueblo judío no encontró otro método para vengarse de sus dominadores que una sutil transvaloración de sus valores: “han sido los judíos los que, con una consecuencia lógica aterradora, se han atrevido a invertir la identificación aristocrática de los valores y han mantenido con los dientes el odio más abismal (el odio de la impotencia)” (Nietzsche, 1972, a. 7). La inversión es la siguiente: los miserable, los pobres, los que sufren, los indigentes, los impotentes, los

piadosos y los enfermos son los únicos buenos, los únicos benditos por dios y bienaventurados; por otro lado, los nobles, los poderosos y violentos, son los malvados, los ateos, los crueles, los pérfidos y lascivos; pero también, son los desventurados, los eternamente malditos y condenados. Con esa iniciativa funesta de los judíos, dice el filósofo, comienza en la moral la rebelión de los esclavos que es heredada luego por el cristianismo.

En conclusión, la transvaloración realizada por el pueblo judío como venganza hacia los poderosos termina convirtiéndose en los valores a predicar por la religión cristiana, los valores del humilde y compasivo son sobrestimados y catalogados como buenos en sí mismos, con esta transvaloración también se desarrollan los posteriores tratados metafísicos y la creencia en un más allá. Nietzsche vislumbra un resentimiento moral nacido del odio impotente de la casta sacerdotal judía hacia sus enemigos que luego es heredado y transmitido por la religión cristiana que ve en el débil y el humilde un miembro más de su rebaño, pero repudia toda contrariedad. En adelante, se observará cómo ese resentimiento se intensifica en el ideal cristiano y es llevado hasta las consecuencias actuales.

3.2. Moral del Resentimiento Judeo-Cristiana (*Nihilismo Pasivo*)

De acuerdo con Ana Escribár en *Nietzsche y el resentimiento* (2016), el filósofo alemán Friedrich Nietzsche ve el resentimiento como punto de partida de la moral en los ideales ascéticos el cual es proyectado al cielo por los débiles. Esta moral que nace como reacción de los débiles se identifica con la metafísica entendida como trasmundo o mundo supra sensible (verdadero) en oposición con el mundo real, sensible (aparente). Así pues, moral y metafísica surgen del resentimiento del débil que se dirige no solo en contra de los valores del noble sino también en contra del mundo y la vida misma, “vale decir, contra el mundo sensible caracterizado por el permanente devenir, contra el sufrimiento y la muerte que son inherentes a la vida” (Escribár,

2016; p. 57). Así, la filósofa chilena entiende el resentimiento planteado por Nietzsche como una rebelión ante lo que es y existe realmente por parte de los débiles cuyo resultado inevitable es la ruptura entre ser y pensamiento, esto es, el *nihilismo*.

Así pues, Nietzsche ve en la figura de Jesús de Nazaret, en su evangelio del amor en el que impera la bienaventuranza de los pobres y pecadores, la encarnación del odio y venganza más profundo de los sacerdotes judíos hacia los nobles: “¿no era él precisamente la seducción en su forma más inquietante e irresistible, la seducción y el desvío precisamente hacia aquellos valores judíos y hacia aquellas innovaciones judías del ideal?” (Nietzsche, 1972; a. 8); así, el filósofo cree encontrar la más sutil y perfecta acción política de venganza en el hecho de que el pueblo de Israel tuviera que negar y clavar en la cruz a su mesías, “al auténtico instrumento de su venganza”, como cebo para que sus enemigos pudieran comerlo con confianza. Es pues, según Nietzsche, que bajo el signo de la cruz el pueblo de Israel ha podido acometer con su transvaloración, como máxima expresión de venganza sobre los ideales o valores “nobles”.

De este modo, el filósofo considera que la moral del hombre vulgar ha vencido pero esa victoria es como un envenenamiento en donde todo se judaíza o se cristianiza, un envenenamiento incontenible y de proceso lento en el que la iglesia es hasta hoy día la principal fuente de transmisión. Este es el ejemplo más claro de cómo el proceso de venganza de la casta sacerdotal judía alcanza validez y eficacia, es en los valores del cristianismo en donde se realiza a cabalidad la victoria de la transvaloración y en donde el resentimiento cobra fuerzas destructoras. Este resentimiento motiva a la rebelión de los esclavos en la moral cuando crea o engendra valores, un resentimiento representado por seres a quienes les esta negada una verdadera reacción, “la reacción de la acción”, llevando a cabo solo una venganza imaginaria.

De acuerdo con Nietzsche, esta moral de los esclavos, que advierte un “no” rotundo a sí mismo, “un no yo”, y en ese “no” se funda su acción creadora, ve necesario, como parte de su resentimiento, siempre un mundo opuesto y externo, “necesita, hablando fisiológicamente, de estímulos exteriores para poder en absoluto actuar” (Nietzsche, 1972; a. 10). Mientras la clase noble por ser de hombres íntegros y repletos de fuerza y en consecuencia la actividad no se distingue de su felicidad, la moral del resentimiento cristiana o moral de los impotentes y oprimidos en la que la felicidad es sentida como narcosis, como quietud, como distensión del ánimo y relajamiento de los miembros, representa una absoluta pasividad.

También, mientras el noble vive en confianza y franqueza consigo mismo, el hombre del resentimiento no es ni franco ni honesto consigo mismo: “su alma mira de reojo; su espíritu ama los escondrijos, todo lo encubierto le atrae como su mundo; entiende de callar, de no olvidar, de empequeñecerse y humillarse transitoriamente” (Nietzsche, 1972; a. 10). Otra distinción entre el carácter activo y pasivo es en lo tocante a la relación con los enemigos; los activos, los nobles, ven en este la proyección y la realización de sí mismo, esperan de su enemigo ataques dignos de honrar; en cambio, el enemigo del hombre de resentimiento, del pasivo, es concebido como “el malvado” partiendo del supuesto imaginario en el que ellos, los resentidos, son los buenos. Esta necesidad de pasividad del hombre común empieza a ser notada por el filósofo como síntoma de decadencia, de enfermedad, de cansancio, de negación, en concreto de *nihilismo*. Afirma Nietzsche:

Pues así están las cosas: el empequeñecimiento y la nivelación del hombre europeo encierran nuestro máximo peligro, ya que esa visión cansa... Hoy no vemos nada que aspire a ser más grande, barruntamos que descendemos cada vez más hacia abajo, hacia algo más débil, más manso, más prudente, más plácido, más mediocre, más indiferente,

más chino, más cristiano (...) actualmente la visión de hombre cansa ¿qué es hoy el *nihilismo* si no es eso?... Estamos cansados de el hombre... (Nietzsche, 1972; a. 12).

De acuerdo con esto, el filósofo ha encontrado en el trasfondo de su cultura un expreso y sentido *nihilismo*, los hombres que siguen la moral de los esclavos, del resentimiento, no valen nada, no dan miedo, no justifican su existencia. Al perderle el miedo al hombre se le pierde también el respeto, la esperanza en él y el amor a él, el no poder hallar ningún carácter rescatable en él de algún modo desanima y cansa. Sin embargo, hay la posibilidad de salir del letargo proponiendo la eliminación de todos esos valores reaccionarios, es necesario para ello una nueva negación, una transvaloración y una nueva forma de *nihilismo*, un *nihilismo* activo que parta de la acción y rescate en el ser humano lo que en él se encuentra de señor y noble.

Según Nietzsche, hay que terminar con el problema del “bien” tal como lo ha imaginado la moral del resentimiento, para él, la vida es una fortaleza, un querer dominar, es una sed de enemigos y resistencia, no de debilidad ni de humillación. Ahora bien, para volver a ese estado de cosas es necesario vencer la seducción o el embrujo que impera en el lenguaje, que lleva a suponer que toda acción y todo hacer está condicionado por un sujeto, es decir, del mismo modo en que se separa el rayo de su resplandor y se piensa en el segundo como un hacer, como una acción en sí del sujeto rayo, del mismo modo, la moral del pueblo, entendida como la moral tradicional, separa la fortaleza de las demostraciones de ella, como si detrás del fuerte se encontrara una base indiferente, como si de las acciones en sí del fuerte (la invasión, el saqueo, la violación) se sintieran a la vez malvadas y perversas. Sin embargo, tal sustrato no existe, no hay “ser” detrás del hacer o el devenir, “el “agente” ha sido añadido ficticiamente al hacer, el hacer es todo” (Nietzsche, 1972; a. 13).

Siguiendo lo dicho, esa seducción del lenguaje le ha permitido incluso a la ciencia hacer suposiciones como “la fuerza mueve, la fuerza causa y cosas parecidas”. Esas creencias, según el filósofo, son aprovechadas por la moral del resentimiento para sostener erróneamente que el fuerte es libre de ser débil, que “el águila es libre de ser cordero”, pero decide ser águila, esto es, malvada y perversa. Así pues, de acuerdo con Nietzsche, cuando los oprimidos se dicen, movidos por la vengativa astucia de la impotencia “seamos distintos de los malvados, es decir, seamos buenos”, “bueno” es todo aquel que no violenta, que no ataca, el que no salda cuentas y remite la venganza a dios, esta valoración lleva a pensar a los débiles e impotentes que su actitud es un logro de la voluntad, esto es, algo querido, algo deseado, un mérito. Para Nietzsche, el alma es el “sujeto indiferente, libre para elegir” en el que el débil necesita creer, el alma es pues hasta hoy en la Tierra el mejor dogma porque le permite al oprimido el autoengaño de interpretar su debilidad como libertad e “interpretar su ser-así-y-así como mérito” (Nietzsche, 1972; a. 13).

De este modo, la moral del resentimiento transforma falsamente a la debilidad en mérito, a la impotencia en bondad, a lo bajo en humildad, a la pasividad en paciencia o virtud, y el “no poder” vengarse lo transforma en un “no querer” vengarse. Según Nietzsche, la miseria es para ellos una elección y una gracia de dios, la miseria es un prepararse o una prueba que será pagada en un más allá y la llaman “bienaventuranza”. Por esto, dan a entender que son mejores que los poderosos y que en algún momento les irá aún mejor (la promesa del paraíso); también, como son los únicos buenos son a la vez los únicos justos, no odian a los enemigos sino a la injusticia y al ateísmo, lo que creen y esperan no es la venganza sino la victoria de dios “del dios justo sobre los ateos”.

Por último, los débiles e impotentes, en su más elevado acto de resentimiento, llaman a su bienaventuranza “el juicio final” o la llegada de su reino en el reino de dios, pero para disfrutar de este se necesita creer ciegamente en “la resurrección de la carne y la vida en el mundo futuro”.

Nietzsche se pregunta a qué hace referencia el oprimido al hablar de su bienaventuranza en el paraíso en donde serán resarcidos de lo “males terrenales” y encuentra en Tomás de Aquino una propuesta inquietante digna de la “mansedumbre de un cordero”: “Los bienaventurados verán en el reino celestial las penas de los condenados, para que su bienaventuranza les satisfaga más” (Nietzsche, 1972; a. 15). Se ve cómo el resentimiento fundamenta sus esperanzas de resarcirse, de materializar su venganza, en la idea o promesa falsa del más allá en el que esperan ver a sus enemigos (los nobles y aristócratas) ardiendo en las llamas del infierno; esto, además, es una tendencia de la vida a negarse a sí misma y a negar las bases de la realidad existencial que experimentan, esto es lo que pasa a ser percibido por el filósofo más adelante como *nihilismo* pasivo.

Así pues, según Danilo Cruz en *Nihilismo e immoralismo* (1972) Nietzsche se describe como el primer nihilista cabal, esto es, el primero en pensar el nihilismo con rigurosidad, el primero en vivirlo y sentirlo propiamente; antes de él, el término había sido usado por la literatura rusa en autores como Iván Turguénev (1818-1883) y Fiódor Dostoyevski (1821-1881), y por la filosofía alemana en autores como Friedrich Jacobi (1743-1819) y Max Stirner (1806-1856) a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

De acuerdo con lo dicho, el fenómeno del *nihilismo* es ubicado por Nietzsche en el campo de la metafísica, pero también en el campo de la moral, pues ambas tienen para él la misma tendencia de la vida a negarse a sí misma. Es así como, además, se puede apreciar dentro de gran parte de la obra del filósofo, según Cruz, una distinción clara, entre un *nihilismo* teórico que pertenece al campo de la metafísica y un *nihilismo* práctico en el campo de la moral; sin embargo, dice Cruz:

El *nihilismo* práctico no surge, como el *nihilismo* teórico, de la pregunta por el ser de los entes, sino de la pregunta por el deber y las normas rectoras de la conducta humana, es decir, en el ámbito de la praxis. El *nihilismo* teórico se presenta cuando todo ente nos parece, en el fondo, nada; y el *nihilismo* práctico, cuando las normas que han regido nuestro comportamiento pierden su validez, y ya no sabemos cómo debemos obrar (Cruz, 1972; p. 103).

Estas teorías de la metafísica y de la moral tienen su origen, de acuerdo con Cruz, en la doctrina platónica de los dos mundos, el mundo ficticio o aparente (el real según Nietzsche) y el mundo verdadero (el real para Platón), “cuando los griegos para poder afirmarse en este mundo, a pesar de la mengua de su impulso vital, inventan un transmundo como punto de apoyo, y comienzan a construir sobre esa base, el edificio de la metafísica” (Cruz, 1972; p. 106). Poco después, la religión cristiana adopta las teorías del mundo ideal platónico para argumentar su doctrina sobre la resurrección en ese mundo y la moral a practicar necesaria para acceder a este. Estas doctrinas tienen incluso un origen más antiguo, como ya se dijo, en la transvaloración de las palabras “bueno” y “malo” realizada por el odio y venganza de la casta sacerdotal.

De este modo, para Nietzsche, al constituirse la metafísica y la moral, la existencia humana se divide en dos realidades contrapuestas a saber: el orden moral y el orden natural; de estas dos, el ser humano ha acogido el orden moral y para conquistarlo ha decidido suprimir todo instintivo, toda pasión e impulso naturales. Por ello, es que se advierte de lo peligroso que puede resultar para la autonomía el hecho de seguir normas o morales preestablecidas que se apoyan en dogmas y en la manipulación por vía religiosa, política, social o cultural; pues, al aceptarlas se cae en una completa negación a la vida, en un *nihilismo* pasivo.

Así, para Nietzsche, es erróneo buscar la causa del *nihilismo* en las distintas formas de comportamiento social o en las condiciones fisiológicas degenerativas, pues éstas comportan otro tipo de interpretaciones muy distintas; al contrario, el nihilismo se enraíza en una “interpretación muy determinada, la cristiano-moral” (*La voluntad de poder*, 2000; I, a. 1). De este modo, la moral cristiana termina por convertirse en un dogma cuya vía de acción es el escepticismo, un rechazo total de lo que se tenía por verdadero en este mundo por la verdad reservada en el mundo del más allá. Ahora bien, dado que la moral cristiana del resentimiento nos habla de una praxis, es el *nihilismo* práctico quien mejor puede representarlo, sin embargo, según Nietzsche, dentro de esta definición podemos encontrar otras dos nociones: un *nihilismo* activo y un *nihilismo* pasivo. Dice Nietzsche:

El *nihilismo* tiene doble sentido: El *nihilismo* como signo del creciente poder del espíritu: *nihilismo* activo: puede ser un signo de fuerza; la intensidad del espíritu puede haber aumentado de tal modo que las metas que tenía hasta ahora («convicciones», artículos de fe) resulten inadecuadas. Su antítesis sería el *nihilismo* fatigado, que ya no ataca: su forma más conocida es el budismo, como *nihilismo* pasivo, como signo de debilidad, como decadencia y retroceso del poder del espíritu (*La voluntad de poder*, 2000; I, a. 22).

De acuerdo con lo anterior, el *nihilismo* pasivo hace referencia a la negación por dogma de este mundo por la contemplación del mundo del más allá cristiano, y el *nihilismo* activo es la negación de cualquier moral establecida (inmoralismo); es la moral la que resuelve en un primer momento la necesidad imperante de justificar la existencia, pero esta moral es la moral de la virtud para la filosofía griega, que rechaza o limita los instintos pasionales, y la moral del benévolo, piadoso, débil, pobre y plebeyo, para el cristiano. Nietzsche propone, en este sentido una transvaloración, es decir, un giro a los valores instaurados desde Platón, los valores que se tenían como seguros y

que referían al mundo ideal son vistos ahora como negativos y los valores presentados por el platonismo como negativos son ahora positivos y provienen de la naturaleza misma. Para el filósofo los valores no solo hacen referencia a valores morales, sino que abarcan además las ideas, los conceptos, los principios etc.

Para Nietzsche la moral es la vida misma, son todas las acciones buenas o malas que cada quien escoge para guiar su conducta. Las pasiones, los instintos y los deseos que se presentan como moralmente malas porque impiden que se alcance la trascendencia a ese mundo ideal, son presentadas ahora por Nietzsche como un instinto de vida, y toda moral que esté en contra de las pasiones y las reprima va en contra de la naturaleza; ésta es, según el filósofo, toda moral que se ha enseñado y predicado hasta el día de hoy por medio del cristianismo. Concluye Nietzsche

Al decir “Dios ve en el corazón”, la moral dice no a los apetitos más bajos y más altos de la vida y considera a Dios enemigo de la vida. El santo en el que Dios tiene su complacencia es el castrado ideal. la vida acaba donde comienza “el reino de Dios” (Nietzsche, 1973; *Crepúsculo de los ídolos* a. 4 pg. 57).

3.3. La Moral y su Destrucción (*Nihilismo Activo*)

Por otro lado, el *nihilismo* activo, en el que Nietzsche ve hay que seguir trabajando, trata del completo rechazo de lo preestablecido, de la negación de toda norma o conducta impuesta que pretenda la aniquilación de la autonomía, esta forma de nihilismo es llamada también por el filósofo como inmoralismo. Sin embargo, el hecho de negar y rechazar esas doctrinas, significa la posibilidad de crearse unos valores propios, una conducta moral que permita al individuo garantizar su existencia y el reconocimiento del mundo sensible como el real y único. Así, se percibe en la propuesta nietzscheana una nueva forma de transvaloración en la que del rechazo de

los valores que posee la religión como buenos, resurjan los valores que hacen al ser humano en la Tierra, fuerte, noble y poderoso.

Según el filósofo colombiano Danilo Cruz, Nietzsche ve necesario para alcanzar el nihilismo activo, la retractación de toda moral, no solo la proveniente de las distintas ideologías políticas o religiosas sino también la proveniente de las distintas doctrinas filosóficas; sospecha de la fe que expresa la filosofía a la moral, “lo que se propone Nietzsche es superar esa imperfección de nihilismo en que le tocó vivir. Pero la perfección del nihilismo no se podía alcanzar mientras existiera la moral en cualquiera de sus formas”. (Cruz, 1972; p. 111). Se hace necesario, pues, destruir la moral que impone la idea del más allá representada por el nihilismo imperfecto (pasivo), para dar paso al nihilismo radical (activo), esta es la propuesta nietzscheana: destruir la fe en la moral y dar paso al nihilismo perfecto. Tal nihilismo hace referencia a la capacidad humana de crearse sus propias normas por medio de sí mismo y siendo consecuentes con los riesgos que esto implica.

Esta campaña de Nietzsche contra la moral es iniciada, de acuerdo con Cruz, en *Aurora* (1881); en el prólogo de la segunda edición en (1886) de esta obra, dice así:

Descendí a lo profundo, y una vez allí me puse a horadar el suelo, y empecé a examinar y a socavar una vieja fe sobre la que, durante milenios, nuestros filósofos han tratado de edificar una y otra vez como si se tratara del más sólido de los terrenos, pese a que sus edificios se han ido viniendo abajo inexorablemente. Me puse a socavar, ¿comprendéis?, nuestra fe en la moral (Nietzsche, *Aurora*, 1994; a. 2)

Como se lee, Nietzsche pretende la destrucción de los principios metafísicos y morales que venía construyendo la tradición filosófica desde Platón. Esta tradición de la metafísica que era

usada para mencionar o hacer referencia al mundo del más allá por el cristianismo, es analizada por Kant quien pretende que esta haga referencia o estudie los fenómenos del mundo sensible, sin embargo, Nietzsche lo crítica severamente porque al proponer su razón práctica, su estudio sobre la moral y conducta humana, su imperativo categórico, deja colar las ideas del otro mundo o del más allá que supuestamente había logrado diferenciar.

Lo mismo es visto según Cruz en las distintas corrientes del siglo XIX que, a pesar del carácter positivista de estas, todas terminan estableciendo para sus teorías suplementos del más allá como la felicidad del mayor número y la igualdad de todos los hombres, que, aunque no llevan al encuentro con dios, sí proponen un futuro mejor pero lejano y que nunca llega. En estas corrientes solo se aprecia la incapacidad para la formulación de principios propios y por ello recurren a artilugios morales como la igualdad y la justicia que, si bien no poseen aspiraciones metafísicas, sus ideas sí trascienden de la transvaloración realizada por el odio, venganza y resentimiento de los sacerdotes judíos.

Así pues, Nietzsche considera que las instancias trascendentes de vital importancia para el origen de la moral como sus valores y sus ídolos deben ser anulados y hacerlos surgir, en cambio, de la vida, del orden natural. Esto, según Cruz, con el propósito de reestablecer la homogeneidad de la existencia humana que se había dividido en dimensiones contrapuestas y de reducir el mundo ideal al mundo real y único mundo, el de la vida misma. Con esto es que se propone la nueva transvaloración, un rechazo a las ideas que desde el platonismo son vistas como verdaderas, por la aceptación de los valores e ideales que estos consideraban falsos o inapropiados.

En conclusión, en la propuesta nietzscheana del *nihilismo* activo como respuesta o en oposición a la moral tradicional de la filosofía y del cristianismo, es indispensable la anulación del mundo

ideal y de cualquier decálogo de moral. El fin del platonismo se convierte, para Cruz, a la vez, en el fin de la metafísica y en el fin de la moral porque no tienen cabida en ese nuevo orden natural. Sin embargo, para el filósofo colombiano, pueden encontrarse ciertas contradicciones en el planteamiento de Nietzsche en valores como la libertad, pues al considerarse esta como la facultad del hombre a determinarse o a obrar indeterminadamente, esta es imposible “en una existencia humana reducida a la mera naturaleza” (Cruz, 1972; p. 116). ya que en esta reina la causalidad natural determinada por leyes imposibles de cambiar.

4. Capítulo III. Moral del Resentimiento y Moral Comunista

“El que sabe que la mayor parte de los hombres son débiles en las cosas más pequeñas y quiere alcanzar por ellos sus propios fines, es siempre un hombre peligroso” (Nietzsche, Ojeada sobre el Estado, 1986; a. 446).

4.1. Semejanzas entre la Práctica Moral del Resentimiento Judeo-Cristiana y los Valores de la Doctrina Comunista

Teniendo en cuenta lo planteado en el primer capítulo de esta investigación sobre la doctrina comunista y lo analizado en el segundo capítulo sobre la moral del resentimiento. Este tercer capítulo se propone realizar una relación entre los valores de la moral comunista y los valores de la religión cristiana. Esta relación se traza teniendo en cuenta los aspectos teórico-prácticos dentro de las obras *Los principios comunistas* y *El manifiesto del partido comunista* de Marx y Engels en valores como la libertad, la igualdad, la justicia, la compasión, la revolución, y en conceptos como la lucha de clases y la propiedad privada, que, según Nietzsche, son valores y conceptos provenientes de una transvaloración nacida de la impotencia e incapacidad de la casta sacerdotal, del odio y la venganza del sacerdote judío.

De acuerdo con Nietzsche, los “buenos”, es decir, los débiles, los pobres y plebeyos, dada su incapacidad e impotencia, al no poder devolver mal por mal o bien por bien, inician una nueva valoración en la que palabras como malvado, cruel y despiadado, pasan a representar a la decaída

clase noble y aristócrata. Esta misma impotencia e incapacidad es la que lleva según Glaucón en la *República* a que estos hombres juzguen ventajoso concertar entre ellos el no cometer injusticia para no tener que sufrirla: “A partir de allí se comienzan a implantar leyes y convicciones mutuas, y a lo prescrito por la ley se le llama “legítimo” y “justo”” (Rep. II. 359^a-359^b). Así pues, es de la impotencia del débil que la valoración de lo “justo”, que era en lo noble la característica de poder devolver con la misma fuerza o mayor cualquier ataque enemigo o amigo, pasa a ser el mérito de quien carece de la fuerza para cualquier represalia en la que es seguro puede salir lastimado.

Siguiendo lo dicho, de esas leyes que se empezaron a implantar surgen los primeros sistemas que atendían a la conformación de un Estado que les permitía la perpetuación de esa nueva valoración, con la que pudieron diferenciarse radicalmente de la clase noble y poderosa ahora perversa e injusta. Valores como la igualdad y la justicia de la transvaloración realizada por el débil son la base moral de la religión cristiana junto con la compasión, la libertad, la caridad y la piedad; pero también son los valores que se encuentran actualmente en las diversas corrientes culturales, económicas, sociales y políticas en pro de los derechos de los oprimidos, desprotegidos y pobres. Entre estas corrientes, el comunismo de Marx y Engels tiene bastante relación con la doctrina cristiana respecto a los intereses del proletariado. Dicen Marx y Engels:

Al señalar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido la guerra civil más o menos oculta en el seno de la sociedad existente, hasta el punto en el que rompe en una revolución abierta y el proletariado afirma su dominio mediante el derribo violento de la burguesía (...) El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución del proletariado en clase, derrocamiento del dominio burgués, conquista del poder político por el proletariado (Marx y Engels, 2001; pp. 65,68).

De acuerdo con esto, el comunismo es un movimiento o ideología que declara abiertamente ser un partido cuyo único interés es el de proporcionar a la clase pobre, oprimida y débil, los argumentos teóricos y prácticos para que, una vez conscientes de su inferioridad, decidan unirse en revolución contra sus opresores y erguirse como clase única, basado en un estudio histórico sobre una existente lucha de clases en toda época, entre opresores y oprimidos. Por otro lado, Marx y Engels al decir: “estos obreros, que tienen que venderse al por menor, son una mercancía como otro artículo de comercio cualquiera”, o también, “éste se convierte en mero accesorio de la máquina, del que tan sólo se exige la manipulación más sencilla y monótona, la más fácil de aprender” (Marx y Engels, 2001; pp. 58-59), evidencian una compasión por el obrero oprimido a causa de la explotación burguesa y es por esta inconformidad que deciden proyectar su doctrina comunista a la clase proletaria.

Esta compasión activa del comunismo por la clase pobre y frustrada, es vista por Nietzsche como el más perjudicial de todos los vicios que provienen del cristianismo. Dice Nietzsche:

La compasión es antitética de los afectos tonificantes, que elevan la energía del sentimiento vital: causa un efecto depresivo. Uno pierde fuerza cuando compadece (...)
Con la compasión aumenta y se multiplica aún más la merma de fuerzas que ya el padecer aporta en sí a la vida (...) La compasión obstaculiza en conjunto la ley de la evolución, que es la ley de la “selección”. Ella conserva lo que está maduro para perecer, ella opone resistencia con el fin de favorecer a los desheredados y condenados de la vida (...) Nada es menos sano, en medio de nuestra nada sana modernidad, que la compasión cristiana (Nietzsche, 2007, *El anticristo*; a. 7).

Así, la compasión es entendida por Nietzsche como una acción hostil a la vida, como decaimiento de ánimo y actitud servil, es decir, como instinto de decadencia, como *nihilismo*; pero también es entendida como el recurso teórico más elocuente de toda práctica filosófica de la virtud, pues, según él, se ha hecho de la compasión el origen y base de todas las virtudes de la filosofía, pero solo, “desde el punto de vista de una filosofía que era nihilista, que inscribió en su escudo la *negación de la vida*” (Nietzsche, 2007; a.7), y que se resalta en la “ironía socrática”, en las ideas de Schopenhauer, pero con mayor representación, en el imperativo categórico kantiano.

Por otro lado, en *La compasión como atentado al vitalismo* según Isaac Nieto (2018), para Nietzsche la virtud de la compasión es en esencia todo el cristianismo, es lo que lo convierte en el enemigo de la voluntad de poder. Dado que la religión se apoya en lo bajo y en lo débil, atrae siempre a los atormentados y fáciles de sugestionar; además, según Nieto, parte de la afinidad con lo común y lo débil y lo proveniente de las prédicas de Jesús a los pobres y vulnerables porque eran estos a los que podía persuadir. Así mismo, la conducta de quien requiere de la compasión está orientada siempre hacia las limosnas y hacia la impotencia, y así la voluntad cristiana se dirige continuamente hacia el sufrimiento como argumento moral convirtiéndose en obstáculo para vivir: se olvida de lo terrenal, rechaza el mundo, pues, esperanzado por su condición de pobre, de humilde, cree tener más posibilidades de alcanzar aquel terreno anhelado por todos los cristianos: el paraíso (Nieto, 2018; p. 115).

De este modo, es que el comunismo científico de Marx y Engels manifiesta en sus principios un acto de compasión por y hacia la clase desprotegida, débil y oprimida, quiere salvarlos de la desdicha y el yugo burgués, quiere promoverlos a un trato digno y a una clase única, justa e igualitaria. Este sentimiento de compasión y de piedad que es ampliamente infundido en la ideología cristiana por medio del sacerdote a sus adeptos, alcanza un grado alto de resentimiento

cuando es dirigida hacia los poderosos y nobles, pues en su convencimiento de buenos compadecen al “malvado” (al noble). Así, en comparación, Marx y Engels, en palabras de Nietzsche, envenenan con su cura o remedio (*El manifiesto comunista*) al hombre proletario, lo instiga a vengarse, lo manipula con ideas falsas y le muestra el comunismo como como doctrina de la compasión y como evangelio.

Otra valoración usada por el comunismo y que también trasciende de la transvaloración y por ende de la moral cristiana, es la de justicia. Marx y Engels consideran injusta, al modo cristiano, la distribución y la apropiación de los medios de producción y ganancias por parte de la clase burguesa y capitalista, consideran que tal distribución lleva a que la clase proletaria viva indignamente: “Sólo queremos suprimir el carácter miserable de esa apropiación, carácter por el cual el obrero vive tan sólo en la medida en que lo exige el interés de la clase dominante” (Marx y Engels, 2001; p.70). Por ello, el comunismo científico pretende, en una etapa inicial, la supresión de todo orden social existente de talante burgués, para en una etapa posterior, implantar un sistema económico-político en el que lo característico es la equidad y la igualdad tanto en lo privado como en lo público. Así pues, la justicia sirve al comunismo, primero, como crítica moral al sistema “injusto” de producción burgués (aspecto teórico); después, como el modo correcto (justo) en cómo debe estar distribuida tanto la sociedad como sus medios de producción y distribución (aspecto práctico).

Por otro lado, para Nietzsche la justicia y la igualdad de la transvaloración tienen su origen moral “en los hombres más o menos igualmente poderosos”; es allí, donde no se aprecia una clase predominante, donde una lucha solo acaecería el perjuicio recíproco, en donde surge la idea de crear un acuerdo común de no agresión: “La justicia se vuela al egoísmo por medio de esta reflexión: “¿Con qué objeto causarme daño inútil, sin realizar quizá mi propósito?” He aquí el

origen de la justicia”. Esto debido, según el filósofo, a que por medio de la educación tradicional se ha enseñado a los niños durante siglos a admirar y a imitar los actos no egoístas que solo bajo apariencia se perciben como justos (Nietzsche, *Humano demasiado humano*, 1986; a. 92).

Así mismo, el filósofo considera que cuando un rico le arrebatara al pobre una propiedad cualquiera en este último surge un error al pensar que al ser despojado de lo poco que tiene por el rico, este debe ser muy perverso e injusto; sin embargo, para Nietzsche, el hombre rico y poderoso al no sentirse atraído por solo una de sus propiedades pues está acostumbrado a siempre tener muchas, no siente haber causado gran daño o ningún daño al pobre al apropiarse de sus pertenencias. La sensación heredada de ser un hombre soberano y superior le da al rico una conciencia tranquila por la cual pueden destruir, usurpar y violentar sin ningún tipo de restricción o remordimiento.

También, en cuanto a la justicia como propuesta de equidad entre partidos políticos, en *Ojeada al Estado* parte octava de *Humano demasiado humano*, para Nietzsche, solo el hombre noble y poderoso de la clase dominante puede prometer algo como la igualdad entre los hombres y la igualdad de derechos: “en este sentido, una concepción socialista que descansa en la justicia es posible, pero como he dicho, sólo en el seno de la clase dominante, que en este caso ejerce la justicia por sacrificios y abdicaciones” (Nietzsche, 1986; a. 450). En cambio, la exigencia de igualdad de derechos para la clase baja, pobre o proletaria al estilo del comunismo no surge, para el filósofo, de una verdadera noción de justicia sino de una imperante codicia y ambición de lo que se carece.

Ahora bien, respecto al concepto de propiedad privada, así como el cristianismo pretende extirpar toda pasión instinto o deseo natural y toda noción espiritual de poderío o nobleza, para

redimirse como ser bueno y bienaventurado; también el comunismo al pretender redimir a la clase proletaria ve necesario para ello la supresión de toda forma de apropiación de la clase burguesa pues considera que por esa “mal debida” apropiación, la clase pobre padece más duramente su condición; por ende, solo aboliendo todo lo burgués existente es que el comunismo puede entrar a establecerse como sistema social, económico y político, el cual espera también la supresión de la lucha de clases por la única clase, la proletaria comunista. Afirman Marx y Engels:

Si el proletariado, en su lucha con la burguesía, se une necesariamente como clase, se hace clase dominante por medio de una revolución y suprime por la fuerza, como clase dominante, las viejas relaciones de producción, suprime, con esas relaciones de producción, las condiciones de existencia de los antagonismos de clase, suprime las clases como tales y, con ello, su propio dominio en cuanto clase (Marx y Engels, 2001; p.79).

De esta supresión del antagonismo de clases por una sola clase se infiere una venganza y un odio marcados por la incapacidad e impotencia del proletario al no poder enfrentarse al fuerte desde su condición aún a sabiendas de que es mayoría, así, el comunismo se presenta como salvavidas o como justificación de su impotencia pues al igual que la religión muestra una guía o doctrina que de cumplirse a cabalidad, la salvación o redención (tanto aquí en la tierra como en el más allá cristiano) está completamente asegurada. Como el cristianismo, el comunismo cree defender intereses justos y compasivos, cree en la inocencia del débil y cree en el humillarse y empobrecerse para hacer de la reacción una acción revolucionaria que se justifique por sí sola como buena; al igual que el cristianismo, el comunismo científico de Marx y Engels, también posee su propio decálogo en el cual se establecen las acciones estrictamente necesarias para la conformación de la sociedad comunista:

1. Expropiación de la propiedad de la tierra y empleo de la renta que produzca en gastos del estado.
2. Impuesto fuertemente progresivo.
3. Abolición del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y rebeldes.
5. Centralización del crédito poniéndolo en manos del Estado, mediante un banco nacional con capital del estado y monopolio exclusivo.
6. Centralización de los transportes poniéndolos en manos del Estado.
7. Multiplicación de las fábricas nacionales, de los instrumentos de producción, roturación y mejora de las propiedades agrarias conforme a un plan comunitario.
8. Igual obligación de trabajar para todos, hasta la supresión completa de la propiedad privada.
9. Unión de la explotación agraria y la industria, medidas para superar paulatinamente la diferencia entre ciudad y campo.
10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Eliminación del trabajo infantil en las fábricas en su forma actual. Unión de la educación con la producción material (Marx y Engels, 2001; p.78-79).

En oposición a lo anterior, Nietzsche argumenta que cuando estas corrientes aseguran que la repartición actual de la propiedad es la causa principal de las innumerables injusticias y atropellos, solo ven un hecho aislado pues, “todo el pasado de la antigua civilización está fundado en la violencia, la esclavitud, el engaño y el error”. Al ser todos herederos de ese pasado, ya que “los sentimientos de injusticia están igualmente en las almas de los no poseedores; no son mejores que los poseedores y no tienen ningún privilegio moral”, no se puede, por tanto, abolirse por decreto, ni suprimirse por derecho ningún punto en particular de él. Así pues, los pobres o proletarios no tienen el derecho por su condición, ni el privilegio moral, de transformar radicalmente un proceso que iniciaron sus antepasados; para Nietzsche, no se trata de nuevas divisiones por la misma vía de acción violenta, sino de una transformación gradual de las ideas: “es necesario que, en todos, la justicia se robustezca y se debilite el instinto de la violencia” (Nietzsche, 1986; a. 451).

Por último, respecto al concepto de revolución, en el comunismo científico de Marx y Engels es visto como la actitud práctica del proletario, es el acto a seguir posterior a la concienciación de una clase pobre y débil como proletariado. Una vez inscrito en el consciente colectivo proletario su condición de pobre y débil, y una vez entendida la propuesta comunista por él, solo queda que se tome el poder por medios de acción violentos y consiga su propósito: una sociedad justa e igualitaria en la que todo es de todos. La revolución comunista presenta de este modo una especie de salvación o liberación: “¿Qué es el comunismo? El comunismo es la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado” (Engels, 2011, *Principios del comunismo*; p. 103), una liberación como venganza, al modo cristiano, de todo lo contrario, todo lo de valor noble y aristocrático, todo lo injusto y ateo. Dicen Marx y Engels:

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad transmitidas. Nada tiene de extraño que en el proceso de su desarrollo se rompa de la forma más radical con las ideas transmitidas (...) El primer paso de la revolución obrera es su elevación a clase dominante, la conquista de la democracia. El proletariado utilizará su dominio político para arrebatar progresivamente todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en el proletariado organizado como clase dominante (Marx y Engels, 2001; p.77).

En oposición a esto, Nietzsche entiende este tipo de fenómenos revolucionarios no como acciones en sí mismas sino como reacción ante la impotencia; el cristianismo reacciona ante el ateísmo con su valoración moral del pecado y el castigo predicado por el sacerdote, lo mismo que el proletariado reacciona ante el poderío industrial del hombre burgués sustentado en el comunismo. Para él, estos “soñadores políticos y sociales” gastan energías y elocuencia al reclamar un cataclismo en todos los órdenes, y en la creencia de que de eso se levante pronto “el soberbio

templo de una bella humanidad”; por otro lado, Nietzsche ve en la revolución una forma de contradicción, negación y destierro del “espíritu de las luces y de la evolución progresiva” (Nietzsche, 1986; a. 462) inspirada por la superstición de Rousseau, quien creía en una bondad humana natural, original y maravillosa que estaba adormecida por las instituciones civiles, el Estado y la educación. Asevera Nietzsche:

Desgraciadamente se sabe por experiencias históricas que todo convulsionamiento de ese género resucita de nuevo las energías salvajes, los caracteres más horrorosos y más desenfrenados de las edades anteriores; que, por consiguiente, un trastorno tal puede ser una fuente de fuerza para la humanidad inerte, pero no ordenador, arquitecto, artista, perfeccionador de la naturaleza humana (...) son las locuras y mentiras de Rousseau lo que ha despertado el espíritu optimista de la Revolución (Nietzsche, 1986; a. 462).

Una relación muy explícita de lo anteriormente expuesto, como conclusión, es vista por Nietzsche entre la valoración cristiana y el concepto de democracia inherente en el cambio propuesto por el comunismo. Según él, la democracia como el cristianismo naturalizan la “moral del rebaño” al justificar la debilidad y la pobreza, y quieren para ellos el poder; primero se liberan, “se desatan con la imaginación”, se reconocen entre sí como débiles y luego se imponen como clase dominante; segundo, entran en guerra: “quieren reconocimiento, derechos iguales, “justicia””; tercero, exigen privilegios “atrayendo a sí a los representantes del poder” (*La voluntad de poder*, 2000; a. 215); por último, quieren el poder para ellos únicamente y lo consiguen. Afirma Nietzsche:

En el cristianismo hay que distinguir tres elementos: a) los oprimidos de todas clases; b) las medianías de todas clases; c) los descontentos y enfermos de todas clases. Con el

primer elemento lucha contra los políticamente nobles y su ideal; con el segundo contra las excepciones y los privilegiados (espiritual y físicamente) de todas clases; con el tercer elemento, contra el instinto natural de los sanos y felices (*La voluntad de poder*, 2000; a. 215).

Siguiendo esto, cuando se alcanza la victoria, el segundo elemento adquiere mayor relevancia pues el cristianismo ha atraído para sí a todos los sanos y felices “como guerreros a favor de su causa”, y es entonces cuando el instinto de rebaño, “la naturaleza mediocre”, espreciada como valiosa en todos sus aspectos, también por el hombre poderoso, para la realización de sus proyectos. Para Nietzsche, la democracia es el cristianismo naturalizado: “una especie de «vuelta a la Naturaleza», después de que la antinaturalidad extrema pudo ser superada por una valoración contraria”. También, la democracia es la no creencia en los hombres superiores ni en las clases elegidas, aquí “todos somos iguales”, “en el fondo todos somos un rebaño egoísta y plebeyo” (*La voluntad de poder*, 2000; a. 215, 747).

4.2. El Resentimiento Como Base Moral de la Doctrina Comunista

Teniendo en cuenta lo anterior, el resentimiento, tal como lo entiende Nietzsche, esto es, como odio, ira reprimida y venganza del débil hacia el poderoso, es visto en el comunismo científico de Marx y Engels en su pretendida revolución que se presenta como *praxis* reaccionaria de la clase pobre, condensada en la supresión violenta de todos los poderosos. Pero también se puede apreciar dicho resentimiento en la doctrina comunista en su aspecto teórico al momento de hacer la crítica tanto a las ideas de la burguesía como a las primeras teorías utópicas precomunistas, que se escribieron antes que el *Manifiesto comunista* y que manifestaban un igualitarismo. Así, a

continuación, se exponen los diversos momentos en que las ideas del comunismo expresadas tanto en *Los principios del comunismo* como en el *Manifiesto*, sugieren un resentimiento.

Como se ha comentado, el comunismo justifica el odio, repudio y rechazo que siente la clase débil y pobre hacia la clase burgués y su formas de apropiación al presentarlas como injustas, cree en la emancipación o liberación siempre y cuando el proletariado acuda a una revolución y suprima a sus enemigos: “la burguesía no solo ha forjado las armas que van a darle muerte; ha creado también a los hombres que van a manejarlas, los obreros modernos, los proletarios” (Marx y Engels, 2001; p. 58). Así, el comunismo hace expreso un resentimiento cuando pretende hacer culpable a toda la clase burguesa y poderosa de la incapacidad e impotencia, de la pobreza y miseria en que se encuentra la clase proletaria.

Según el comunismo, el proletariado debe dirigir sus ataques no solo contra las relaciones de producción burguesa, sino también contra los instrumentos de producción; así pues, deben destruir las mercancías extranjeras, destrozar las máquinas, prender fuego a las fábricas e intentar reconstruir la decaída posición del trabajador medieval. Para Marx y Engels, el proletariado “la capa social más baja de la actual sociedad” no puede erguirse, sin que haga “saltar por los aires toda la sobre estructura de las capas que forman la actual sociedad” (Marx y Engels, 2001; p. 58). Así, el proletariado se convierte para el partido comunista, a diferencia de las demás clases que hay en contra de la burguesía, en la única clase “verdaderamente revolucionaria”.

Siguiendo lo dicho, dentro de las instituciones a suprimir para asegurar la victoria proletaria se encuentra la educación, pues el comunismo halla en esta la formación clasista de la burguesía. El comunismo ve necesario de igual forma la supresión de la familia, para Marx y Engels la relación del hombre proletario con su mujer y sus hijos no es en nada parecida a las relaciones familiares

burguesas: “¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia plenamente desarrollada no existe más que para la burguesía” (Marx y Engels, 2001; p. 73); es necesario, pues, su supresión porque el fortalecimiento de esta impide el desarrollo de una familia en términos del proletario. Afirman Marx y Engels:

Las expresiones burguesas sobre familia y educación, sobre la íntima relación de padres e hijos, se vuelven tanto más nauseabundas cuanto más se desgarran los lazos familiares de los proletarios a consecuencia de la gran industria, mientras sus hijos se transforman en simples artículos de comercio e instrumentos de trabajo (Marx y Engels, 2001; p. 73).

Según lo anterior, el comunismo como revolución, no solo ataca los medios y los materiales de producción y capital burgués, sino que también ataca sus valores institucionales, los odia, los repudia y los rechaza, como no los cree posibles en el acontecer proletario, los suprime, los condena como crímenes que hay que purgar. Podría decirse, en analogía con la actitud reaccionaria del sacerdote judío descrita por Nietzsche, que el comunismo fuerza a una transvaloración de todo lo burgués por los intereses del proletario, producto de la impotencia e incapacidad individual que tiene este de devolver con la misma capacidad que su enemigo, cualquier ataque. La idea de la total supresión burguesa por acciones violentas proletarias, no es otra cosa que un resentimiento, una venganza que la doctrina comunista en voz de Marx y Engels pretende materializar con su decálogo de odio: *El manifiesto comunista*.

Por otro lado, el comunismo científico reduce la anterior crítica socialista en contra de la burguesía a simple literatura reaccionaria y utópica: “todo lo que en Alemania circula como supuestos escritos socialistas y comunistas pertenece, con muy pocas excepciones, al ámbito de esta sucia y enervante literatura” (Marx y Engels, 2001; p. 88). El socialismo reaccionario, el

socialismo conservador y burgués, y el socialismo y comunismo crítico utópicos, que analizaron la desigualdad y propusieron cambios, son sentidos por su contenido, solo como una literatura necesariamente reaccionaria porque enseñan un ascetismo colectivo y un “tosco igualitarismo”. Marx y Engels rechazan estas teorías porque no representan fielmente únicamente los intereses de la clase sufriente, es decir, por no tomar una postura clara y radical en pro de los derechos del débil proletario.

Como se ha visto, Marx y Engels buscan de la crítica tanto a lo burgués como a las anteriores formas o teorías socialistas, la propuesta de una nueva teoría social, económica y política comunista como única solución viable al problema de la pobreza proletaria, la revolución comunista es la vía violenta en contra de la clase dominante por la cual la clase débil puede tomarse el poder. Es por este hecho que se juzga conveniente hablar de un resentimiento en la sed de poder por medios reaccionarios que preconiza el comunismo en el ideario de la clase pobre; “la rebelión de los esclavos en la moral comienza cuando el resentimiento mismo se vuelve creador y engendra valores” (Nietzsche, 1972; a. 10). La doctrina comunista siembra el odio, el repudio y el rechazo en la clase proletaria y hace de ese odio la justificación violenta en contra de la burguesía, al decir que la miseria del débil es culpa de la distribución y manejo de los recursos por la burguesía, imprime en el colectivo proletario un rechazo y odio profundo en contra de todo lo contrario o burgués.

Por último, Nietzsche presenta un análisis señalando los momentos históricos en los que el resentimiento como base moral de los débiles ha luchado en contra de los valores del fuerte y aristócrata, el cual puede dar una luz para esta investigación de cómo el comunismo es una doctrina heredera de la transvaloración, del odio y venganza judío-cristiano. Así pues, un primer momento se da, según el filósofo entre Roma y Judea: “hasta ahora no ha habido acontecimiento más grande

que esta lucha, que este planteamiento del problema, que esta contradicción de enemigos mortales” (Nietzsche, 1972; a. 16). Para él, mientras Roma consideraba al judío como convicto de odio contra todo el género humano y quemaba sus templos, el cristianismo reaccionaba con la más intempestiva obra de venganza, el *Apocalipsis* de Juan. Cabe decir, que, para Nietzsche, el pueblo romano no distinguía durante los siglos II y III de nuestra era entre cristiano y judío.

Por consiguiente, los romanos eran los fuertes y los nobles, “en tal grado lo eran que hasta ahora no ha habido en la tierra hombres más fuertes ni más nobles, y ni siquiera se los ha soñado nunca” (Nietzsche, 1972; a. 16), mientras los judíos eran el pueblo sacerdotal del resentimiento “*par excellence*”, en este habitaba, para el filósofo, una genialidad popular-moral singular y sin igual. De esta lucha a muerte entre los primeros cristianos contra la aristocracia romana Nietzsche lamenta ante quien se inclinan los hombres actualmente en Roma y muchas partes del mundo, esto es, ante la figura de tres judíos y una judía, “ante Jesús de Nazaret, el pescador Pedro, el tejedor de alfombras Pablo, y la madre del mencionado Jesús, de nombre María” (Nietzsche, 1972; a. 16).

Por otro lado, Nietzsche ve en el Renacimiento una espléndida resurrección del ideal clásico y de la forma noble de valorar todas las cosas, pero, rápidamente vuelven a sublevarse esos valores por el nuevo triunfo de Judea representado en el movimiento alemán e inglés “radicalmente plebeyo” del resentimiento al que se le dio el nombre de *Reforma protestante*, el cual Nietzsche considera como un restablecimiento de la iglesia y el restablecimiento a la vez de la quietud sepulcral de la Roma clásica. Sin embargo, en un sentido más decisivo y más profundo que la *Reforma protestante* de Lutero, la Revolución francesa, llevada a cabo por los representantes de los instintos populares del resentimiento, suprimió, según el filósofo, a la última aristocracia política francés que había en Europa durante los siglos XVII y XVIII. Declara Nietzsche:

Una vez más, frente a la vieja y mendaz consigna del resentimiento que habla del primado de los más, frente a la voluntad de descenso, de rebajamiento, de nivelación, de hundimiento y crepúsculo del hombre, resonó más fuerte, más simple, más penetrante que nunca la terrible y fascinante anti-consigna del primado de los menos (Nietzsche, 1972; a. 16).

Según esto, se puede decir que con la Revolución francesa valores del resentimiento como la libertad, la igualdad y la fraternidad, se convierten en la consigna y base moral de todo posterior movimiento popular en contra de los poderosos que representan la minoría a nivel global. Cabe la suposición también, para esta investigación, de que quienes heredan o vuelven a representar los valores nobles y aristócratas son los burgueses, clase social que se desarrolló económica y políticamente posterior a la Revolución francesa y que representa, según el comunismo científico fundado por Marx y Engels tanto en *Los principios* como en el *Manifiesto*, a la clase poderosa y capitalista que oprime al hombre pobre.

Para finalizar, Nietzsche advierte cómo la nueva valoración reaccionaria denominada “equidad científica” a favor del odio, la envidia y la venganza, surge del espíritu mismo del resentimiento. Por esto, es inevitable no observar en la doctrina comunista de Marx y Engels, en su pretendido igualitarismo, la misma idea al incitar a la clase proletaria, por ser mayoría, a suprimir por esta consigna todos los valores de la clase burguesa, justificando su venganza al llamarla apropiada y justa, como si la justicia fuera, según Nietzsche: “un desarrollo ulterior del sentimiento de estar ofendido y de rehabilitar suplementariamente, con la venganza, a los afectos reactivos en general y en su totalidad”. (Nietzsche, 1972; II, a. 11).

4.3. Comunismo o *Nihilismo Pasivo*

En la doctrina del socialismo se oculta apenas «una voluntad de negación de la vida»: tienen que ser hombres o razas fracasados los que elaboren una doctrina tal. De hecho, me gustaría que algunos grandes ensayos llegaran a demostrar que, en una sociedad socialista, la vida se niega a sí misma, se corta las raíces así mismas (La voluntad de poder, 2000; a. 125).

Como ya se vio, el término *nihilismo* es visto en Nietzsche en dos momentos, uno teórico encontrado en su crítica a la metafísica y otro práctico hallado en la moral tradicional; el primero, hace referencia a la negación y anulación de los valores (instintivos y pasionales) del mundo real por la adopción de valores como la virtud que llevan al mundo ideal profesado por el platonismo y posteriormente por el cristianismo, y que con su resentimiento y rechazo de todo lo vital (evangelio del amor) pretende el paraíso. El segundo, que también tiene su origen en ese mundo metafísico, es ubicado por el filósofo en su época y contexto socio-cultural como síntoma de decadencia en la que los valores de la moral tradicional dejan de tener sentido pues ya no explican ni sustentan la realidad.

Nietzsche entiende este momento como un *nihilismo* pasivo; Así, como “dios ha muerto” lo que sigue es el rechazo y supresión radical de esa metafísica y moral tradicional, pero no solo el rechazo o la negación sino también una apropiación individual y autónoma de valores nuevos y originales, a esto lo llama Nietzsche *nihilismo* activo o immoralismo. Este immoralismo no se entiende solo como negación o no aceptación de los valores tradicionales, también debe entenderse como la capacidad inherente al ser humano de poder imponerse a sí mismo una conducta moral individual exenta de toda ideología dirigida por los sacerdotes o políticos a las masas.

De acuerdo con esto, puede reconocerse dentro de la doctrina comunista de Marx Engels, en su aspecto teórico, por su postura de negación, rechazo y supresión de todo lo burgués, un *nihilismo* pasivo: “no entendéis por persona sino al burgués, al propietario burgués. Desde luego, esa persona debe ser suprimida” (Marx y Engels, 2001; p. 72). Sin embargo, puede reconocerse a la vez, en el aspecto práctico revolucionario comunista, un *nihilismo* que no es activo como el nietzscheano sino más bien de un carácter reactivo; es decir, mientras que para Nietzsche se trata de la supresión de toda valoración moral en contra de lo vital, pero a la vez, de la búsqueda autónoma e individual de nuevos valores que conserven la “voluntad de poder”, la doctrina comunista al indicarle al proletario, después de negar y rechazar los valores y principios burgueses, cómo debe dirigirse en su revolución, no le permite una acción propia sino determinada, esto es, reactiva.

Ahora bien, dado que el comunismo es una doctrina pensada en la modernidad cabe por ello, como corriente moral y filosófica, en la crítica a todas las ideologías presentada por Nietzsche unos cuarenta años después de la publicación del *Manifiesto comunista* en 1848: “se engaña uno cada vez que espera “progreso” de un ideal; el triunfo del ideal ha sido siempre hasta ahora un movimiento retrógrado” (*La voluntad de poder*, 2000; a. 80). Así, el comunismo al dictar los principios y valores del proletariado, al decirles qué hacer y cómo actuar, niega y cancela en él la posibilidad individual del ser humano de encontrar por sí mismo los medios materiales y argumentativos que le permitan enfrentarse con todo su poderío a su amigo o enemigo sin pensar en que en el intento sea lastimado o asesinado. Esto es pues, para Nietzsche, una forma de moral contra natural y un *nihilismo*.

Siguiendo lo dicho, al querer suprimir a la burguesía por medio de los mismos principios y valores por los cuales estos ostentan el poder después de la revolución francesa: “hay, además, verdades eternas, como libertad, justicia, etc. que son comunes a todas las situaciones. Pero el

comunismo acaba con las verdades eternas” (Marx y Engels, 2001; p. 76), el comunismo científico no solo cae en la transvaloración de la moral del resentimiento judeo-cristiana (en la que el burgués es el malvado y el proletariado es el humilde, el sencillo, el bueno), sino que también cae en la negación metafísica de este mundo al postular valores como la igualdad, la justicia y la libertad que ya habían criticado y que como se verá, según Nietzsche, no tienen ningún sentido real terrenal que amerite justificar, para llegar a ellos, la violencia o la venganza, como solo el fuerte, noble y aristócrata pueden justificarla. Dice el filósofo:

Cristianismo, evolución, supresión de la esclavitud, igualdad de derechos, filantropía, pacifismo, justicia, verdad: todas estas grandes palabras solo tienen valor en la lucha, como estandarte, no como realidades, sino palabras pomposas para lograr algo completamente diferente (sí. ¡y aun contrario!) (...) El Evangelio. La noticia de que la felicidad está abierta para los pobres y los humildes, de que no hay más que hacer que liberarse de las instituciones, de la tradición, de la tutela de las clases superiores; en este sentido, la aparición del cristianismo no es más que la típica doctrina socialista (*La voluntad de poder*, 2000; a. 80, 200).

Según esto, dado que el comunismo puede interpretarse como un socialismo radical, es inevitable no reconocer en este, en términos de Nietzsche, un “cristianismo para el pueblo”. El comunismo nace de la idea de que el pobre y proletario es débil y hay que representar sus derechos como clase, pero al usar las ideas de libertad, igualdad y justicia para su propósito, solo cae en la misma moral tradicional que supuestamente critica; de este modo, el proletariado es inducido por la doctrina comunista no solo al resentimiento contra el fuerte y poderoso sino también a una decadencia, a una renuncia y pérdida de vitalismo, a un *nihilismo*: “El *nihilismo* no es un motivo,

sino únicamente la lógica de la decadencia. El “bueno” y el “malo” son tan solo dos tipos de la decadencia” (*La voluntad de poder*, 2000; a. 43).

Por último, como propuesta a la destrucción a toda esa moral tradicional que es el cristianismo, el budismo, el anarquismo, el socialismo, el comunismo, etc. como salida a ese *nihilismo* pasivo y como respuesta o propuesta, o *nihilismo* activo, Nietzsche indica, entre otras muchas cosas, que se le devuelva al ser humano el valor de sus instintos naturales; que se reprima su propia subestimación, “no del hombre como individuo sino como naturaleza”; que se eliminen de los sucesos las contradicciones, “después de comprender que somos nosotros los que las hemos puesto en ellas”; que se suprima totalmente la idiosincrasia social de la existencia: “culpa, castigo, justicia, honradez, libertad, amor, etcétera”. Todo esto lo entiende el filósofo como un proceso necesario hacia la naturalidad, “qué se puede y, solo después, qué se debe” (*La voluntad de poder*, 2000; a. 124), dicho proceso, abarca todos los problemas tanto en lo social como en lo cultural, económico y político.

Conclusiones

De acuerdo con lo analizado hasta aquí, la relación entre la moral del resentimiento judeo-cristiana y los principios o características del comunismo científico de Marx y Engels es hallada, primero, en el aspecto teórico, esto es, en el recuento histórico realizado dentro del *Manifiesto comunista* en el que se expone la sempiterna lucha de clases en la que el pobre debe reconocerse como tal y distinguirse como clase proletaria; el segundo aspecto es el práctico, donde la clase proletaria, constituida como tal, debe unirse en un partido revolucionario cuyos objetivos son la supresión violenta de toda forma de ser burgués y su instauración como clase dominante bajo los criterios del sistema social, económico y político comunista.

Así, un primer rasgo de odio, de rechazo y venganza, esto es, de moral del resentimiento judeo-cristiana, es hallado en el comunismo científico, cuando Marx y Engels, motivados a rescatar a la clase pobre, a la clase proletaria de su humillación y miseria, caen en el sentimiento cristiano de la compasión. Esta forma de compromiso, que es para Nietzsche el más nefasto de todos los vicios y un síntoma de decadencia espiritual, es vista en el momento en que, bajo los conceptos de justicia, libertad e igualdad, el comunismo pretende justificar su crítica exacerbada en contra de los sistemas, tanto de producción y distribución, como los de valoración moral de la clase burgués.

Por otro lado, el mismo sesgo de resentimiento en el aspecto teórico dentro del *Manifiesto*, se encuentra en la crítica a las distintas teorías precomunistas, estas no solo son subestimadas y rechazadas, también son tildadas de inadecuadas e inútiles al no responder solo y únicamente por los intereses de la clase pobre o proletaria, esto debido a que el comunismo científico hereda la dicotomía entre bueno y malvado de la transvaloración, pues también para Marx y Engels el pobre,

el débil y oprimido es el bueno y es el que hay que rescatar, defender y apoyar, para que se sobreponga como única clase bajo los mismos ideales cristianos de igualdad y comunidad.

En el aspecto práctico del comunismo científico la valoración del resentimiento cobra un mayor sentido y relación con los principios del cristianismo; este aspecto es entendido como la reacción o revolución que debe llevar a cabo la clase proletaria porque solo así puede alcanzar su emancipación. Dicha reacción violenta es dirigida única y exclusivamente en contra de toda estructura social, cultural, económica y política de identificación burgués; el rechazo, el odio y la venganza se evidencian aquí en el momento en que el comunismo de Marx y Engels insta al proletariado a suprimir la propiedad, la familia, la educación, la herencia, en suma, la verdad, la libertad y el poderío burgués. El proletario ataca lleno de odio y resentimiento porque dentro de su ideología (el comunismo), como en el cristianismo, él es el “bueno” y bienaventurado y quien lo oprime y lo humilla es el burgués, es decir el malvado.

De este modo, es evidente en el comunismo científico un claro uso de la transvaloración judía al diferenciar al proletario como el pobre, el débil, el que sufre, el oprimido (el bueno) del poderoso, capitalista, burgués, y, por ende, el malvado, déspota y opresor. Esta dicotomía entre el “bueno” y el “malvado” es la que le permite al proletariado, proyectado por el comunismo, disponer de cualquier medio a su alcance para atacar a su enemigo (el burgués) revestidos de un supuesto e imaginario privilegio moral, de connotación cristiana, que los insta a pensar y sentir que su causa es justa, verdadera y necesaria.

Como ideología que dice a los demás qué hacer y cómo reaccionar, el comunismo científico lleva a las personas, como el cristianismo, a la más completa negación de las cosas vitales, impide y cancela toda acción moral natural e individual como la autonomía o la voluntad de poder

relegándola a determinaciones del partido. De este modo, el comunismo científico expuesto en el *Manifiesto del partido comunista*, muestra también un *nihilismo* pasivo, el mismo que critica Nietzsche de la moral tradicional y la filosofía Moderna, cuya salida es su opuesto, es decir, el *nihilismo* activo y radical, el inmoralismo.

Los sucesos históricos que precedieron a la publicación del *Manifiesto*, tanto la comuna de París (1871), como la revolución rusa (1917), son el ejemplo claro de cómo se llevó a cabo un proceso de supresión casi directo de todas las relaciones propiamente burgueses y después en contra de todo el que era considerado enemigo del partido. Estas revoluciones fueron propiciadas bajo el símbolo del odio y el rechazo producto de la incapacidad e impotencia individual del débil justificada y enaltecida por el comunismo; fueron dirigidas en contra de los poderosos convencidos de que la verdad, la justicia y la verdadera democracia estaba de su lado, pero también, muy convencidos de que sus acciones eran buenas y por ende justificables como conducta moral.

Un argumento que permite afirmar la relación y transmisión de principios y valores entre la doctrina comunista y la doctrina cristiana, objetivo principal de esta investigación, sobre todo en el aspecto práctico, esto es, como reacción de resentimiento del débil por el fuerte, producto de la dicotomía entre el bueno y el malvado de la transvaloración judía, se encontró en el análisis histórico realizado por Nietzsche sobre los momentos en que los valores del resentimiento atacaron los valores nobles o aristócratas; según el filósofo, la última batalla librada por las demandas del débil fue la Revolución francesa que promulgaba consignas como la libertad, la fraternidad y la igualdad.

Sin embargo, puede decirse, para el fin de esta investigación que, después de dicha revolución aparecen las primeras declaraciones sobre los derechos del hombre y surgen para su defensa

innumerables organizaciones o movimientos políticos, entre los cuales, es inevitable no evidenciar a la doctrina de Marx y Engels por su intención de libertad e igualdad, la cual, debido a su resentimiento, solo sirve, como el cristianismo, a los pobres y desamparados. Una actitud mesiánica que lleva a las masas a un instinto de rebaño, a una moral del rebaño ampliamente criticada en la filosofía nietzscheana por ir en contra de todo instinto vital, de toda forma de moral natural, y por fomentar la aniquilación total de todo lo que en el ser humano se encuentre de noble y poderoso.

Referencias Bibliográficas

- Covarrubias, J. (2016). El Comunismo. *Instituto de Investigaciones Jurídicas*, pp. 123-127. Recuperado de <https://biblio.juridicas.unam.mx/bjv/detalle-libro/2846-la-reforma-agraria-y-la-revolucion>
- Cruz, D. (1972). Nihilismo e inmoralismo. *Revista Eco*, 6, (1). pp. 101-124. Recuperado de: http://bdigital.unal.edu.co/256/78/cap_V_danilo_cruz_velez_.pdf.
- Engels, F. (2011). *Los Principios del Comunismo*. Centro de Estudios Socialistas. México.
- Escríbar, A. (2016). Nietzsche y el Resentimiento. *Revista de filosofía*, 55, (56), pp. 57-65. Recuperado de <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/131972>
- Fernández, M. (s.f). Génesis de la República. *Platón la República*, 23 págs. Recuperado de: https://www.academia.edu/40631041/Platón_La_República.
- García, J. (2000). Introducción histórica a la Filosofía del Estado (II). *Filosofía, Política y Economía en el Laberinto*, 15 págs. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2020442>.
- Laso, J. (s.f). Comunismo. *Universidad de Oviedo*, 6 págs. Recuperado de: <https://webs.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/C/comunismo.pdf>.
- López, J. (1968). *El Marxismo Como Moral*. Alianza, Madrid.
- Marx, k y Engels, F. (2001). *Manifiesto Comunista*. Alianza, Madrid.
- Nieto, I. (2018) la compasión como atentado al vitalismo. Jornadas de reflexión filosófica, 2018, pp. 111-117. Recuperado de: https://www.funlam.edu.co/uploads/fondoeditorial/550_Jornadas_de_reflexion_filosofica_memorias.pdf.
- Nietzsche, F. (1972). *La Genealogía de la Moral: Un Escrito Polémico*. Alianza, Madrid.
- Nietzsche, F. (1986). *Humano Demasiado Humano*. Mexicanos Unidos. México.

Nietzsche, F. (1989). *Crepúsculo de los Ídolos o Cómo se Filósofa con el Martillo*. Alianza, Madrid.

Nietzsche, F. (2000). *La voluntad de poder*. Madrid, Edaf.

Nietzsche, F. (2001). *Más Allá del Bien y el Mal*. Editorial Esquilo, Colombia.

Peña, L. (1998). Comentario al Manifiesto del Partido Comunista de Marx y Engels. *CCHS-Instituto de Filosofía*, 25 págs. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10261/15160>.

Platón. (1988). *La República*. Gredos, Madrid.

Sánchez, A. (2006). Ética y Marxismo. *Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO*, I (1). pp. 297-307. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/formacionvirtual/20100720071433/13Vazquez.pdf>